

**Audiolibro La Jaur A Mile Zola Cap**  
**Tulo V**

**Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu). These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.**

**Contacto [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) ;Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!**

Texto enviado por - **Janet Rogers (Smithtown)** - - - - Capítulo quinto. El beso que había dado en el cuello a su mujer preocupaba a Saccard. Hacía tiempo que ya no usaba sus derechos de marido; la ruptura se había producido naturalmente, pues ni el uno ni la otra se inquietaban por una unión que les estorbaba. Para que él pensase en volver a entrar en el dormitorio de Renée, tenía que haber algún buen negocio al final de sus ternuras conyugales. El golpe de fortuna de Charonne marchaba bien, aunque perduraban las inquietudes sobre su desenlace. Larsonneau, con sus camisas resplandecientes, sonreía de una forma que le desagradaba. No era sino un mero intermediario, un testaferro a quien le pagaba su solicitud con un interés del diez por ciento sobre los futuros beneficios. Pero, aunque el agente de expropiaciones no hubiera metido un céntimo en el negocio, y aunque Saccard, tras haber provisto los fondos del café cantante, hubiera tomado todo tipo de precauciones, contraventa, letras cuya fecha quedaba en blanco, recibos dados por adelantado, no por ello dejaba de experimentar un sordo temor, un presentimiento de alguna traición. Olfateaba, en su cómplice, la intención de hacerle chantaje, con ayuda de aquel inventario falso que guardaba celosamente, y al cual debía únicamente su participación en el negocio. Por ello los dos compinches se estrechaban vigorosamente las manos. Larsonneau calificaba a Saccard de «querido maestro». Sentía, en el fondo, verdadera admiración por aquel equilibrista, cuyos ejercicios en la cuerda floja de la especulación seguía como un aficionado. La idea de engañarlo le hacía ilusión como una voluptuosidad rara y picante. Acariciaba un plan todavía vago, sin saber demasiado bien cómo emplear el arma que poseía, y con la cual tenía cortarse él. Se sentía, por otra parte, a merced de su antiguo colega. Los terrenos y las construcciones que unos inventarios sabiamente calculados tasaban ya en cerca de dos millones, y que no valían la cuarta parte de esta suma, acabarían desbaratándose en una quiebra colosal si el hada de la expropiación no los tocaba con su varita de oro. Según los planes primitivos, que habían podido consultar, el nuevo bulevar, abierto para enlazar el parque de artillería de Vincennes con el cuartel del Príncipe Eugenio, y situar este parque en el corazón de París rodeando el faubourg Saint-Antoine, se llevaba parte de los terrenos; pero quedaba aún el temor de que se vieran apenas tocados de refilón y que la ingeniosa especulación del café cantante fracasase por su propia impudencia. En este caso, Larsonneau se quedaría con una delicada aventura a cuestas. Este peligro, no obstante, no le impedía, a pesar de su papel forzosamente secundario, estar consternado, cuando pensaba en el menguado diez por ciento que cobraría en un robo tan colosal de millones. Y era entonces cuando no podía resistir la furiosa comezón de alargar la mano, de cortarse su porción. Saccard ni siquiera había querido que le prestase dinero a su mujer, pues él mismo se divertía con este grosero artificio de melodrama, con el cual disfrutaba su amor a los tejemanejes complicados. -No, no, querido amigo -decía con su acento provenzal, que exageraba aún más cuando quería salpimentar una broma-, no enredemos nuestras cuentas... Usted es el único hombre de París a quien he jurado no deber nunca nada. Larsonneau se contentaba con insinuarle que su mujer era un pozo sin fondo. Le aconsejaba que no le diera un céntimo más, para que ella le cediera inmediatamente su parte de la propiedad. Habría preferido enfrentarse sólo con él. Lo tanteaba a veces, llevaba las cosas hasta decir, con su aire cansado e indiferente de vividor: -Tendré que poner un poco de orden en mis papeles... Su mujer me asusta, amiguito. No quiero que en mi casa sean precintadas ciertas piezas. Saccard era incapaz de soportar pacientemente semejantes alusiones, sobre todo cuando sabía a qué atenerse sobre el orden frío y meticuloso que reinaba en las oficinas del personaje. Toda su figurilla astuta y activa se rebelaba contra los temores que intentaba infundirle aquel usurero currutaco de guantes amarillos. Lo peor era que le daban escalofríos cuando pensaba en un posible escándalo; y se veía brutalmente desterrado por su hermano, viviendo en Bélgica de cualquier negocio inconfesable. Un día, se enfadó, llegó incluso a tutear a Larsonneau. -Escucha, chico -le dijo-, eres un muchacho encantador, pero harías bien en devolverme la pieza que sabes. Ya verás cómo ese trozo de papel acaba por enfadarnos. El otro se

hizo el asombrado, estrechó las manos de su «querido maestro» dándole seguridades de su afecto. Saccard lamentó su impaciencia de un minuto. Fue en esa época cuando pensó seriamente en acercarse a su mujer; podía tener necesidad de ella contra su cómplice, y se decía además que los negocios se tratan de maravilla sobre la almohada. El beso en el cuello se convirtió poco a poco en la revelación de toda una nueva táctica. Por lo demás, no tenía prisa, no malgastaba sus medios. Tardó todo el invierno en madurar su plan, tironeado por cien asuntos más enredados unos que otros. Fue para él un invierno terrible, lleno de sacudidas, una campaña prodigiosa, durante la cual tuvo que vencer la quiebra día a día. Lejos de reducir su tren de vida, dio fiesta tras fiesta. Pero, aunque consiguió hacer frente a todo, tuvo que descuidar a Renée, a la que reservaba para la jugada triunfal, cuando la operación de Charonne estuviera madura. Se contentó con preparar el desenlace, continuando sin darle más dinero, salvo por conducto de Larsonneau. Cuando podía disponer de unos miles de francos, y ella se quejaba de miseria, se los llevaba, diciendo que los hombres de Larsonneau exigían un pagaré por el doble de la suma. Esta comedia lo divertía enormemente, la historia de los pagarés le encantaba por la novela que introducían en el negocio. Incluso en la época de sus beneficios más claros le había pasado la pensión a su mujer de forma muy irregular, haciéndole regalos principescos, abandonándole puñados de billetes de banco, y dejándola después acorralada por una miseria durante semanas. Ahora que se encontraba en serios apuros, hablaba de las cargas de la casa, la trataba como a un acreedor, a quien no se quiere confesar la ruina y a quien se aplaca con historias. Ella apenas le escuchaba; firmaba todo lo que él quería; se quejaba solamente de no poder firmar más. Tenía ya, no obstante, unos doscientos mil francos de pagarés firmados por ella, que le costaban apenas ciento diez mil francos. Tras haberlos hecho endosar por Larsonneau, a cuyo nombre estaban suscritos, hacía viajar esos pagarés de forma prudente, contando con servirse de ellos más adelante como armas decisivas. Jamás habría podido llegar al final de aquel terrible invierno, prestar con usura a su mujer y mantener su tren de vida, sin la venta del solar del bulevar Malesherbes, que los señores Mignon y Charrier le pagaron en dinero contante, aunque reteniendo un descuento formidable. Aquel invierno fue para Renée una prolongada alegría. Sólo sufría por la necesidad de dinero. Maxime le costaba carísimo; la seguía tratando como a su madrastra, le dejaba pagar en todas partes. Pero esa miseria escondida era para ella una voluptuosidad más. Se las ingeniaba, se rompía la cabeza, para que su «querido niño» no careciera de nada; y cuando había convencido a su marido a encontrarle unos miles de francos, se los comía con su amante, en locuras costosas, como dos escolares sueltos en su primera escapada. Cuando no tenían un céntimo, se quedaban en el palacete, disfrutaban de aquella gran mansión, de un lujo tan nuevo y tan insolentemente necio. El padre jamás estaba allí. Los enamorados se quedaban al amor de la lumbre más a menudo que antes. Y es que Renée había llenado, por fin, de un goce cálido el vacío glacial de aquellos techos dorados. Aquella casa equívoca del placer mundano se había convertido en una capilla donde ella practicaba apartada una nueva religión. Maxime no ponía solamente en ella la nota aguda que concordaba con sus locos vestidos; era el amante hecho para ese palacete, de anchos escaparates de comercio, y que un raudal de esculturas inundaba desde los desvanes a los sótanos; él animaba aquellos armatostes, desde los dos amores mofletudos que, en el patio, dejaban caer de su concha un hilillo de agua, hasta las altas mujeres desnudas que sostenían los balcones y jugaban en medio de los frontones con espigas y manzanas; él explicaba el vestibulo demasiado rico, el jardín demasiado estrecho, las estancias brillantes donde se veían demasiados sillones y ni un solo objeto de arte. La joven, que se había aburrido mortalmente allí, se divirtió de repente, lo usó como una cosa cuyo empleo no había comprendido al principio. Y no fue sólo por sus habitaciones, la salita botón de oro y el invernadero por donde paseó su amor, sino por el palacete entero. Acabó por estar a gusto incluso en el diván del salón de fumar; se ensimismaba allí, decía que aquella estancia tenía un vago olor a tabaco, muy agradable. Recibió dos días en lugar de uno. El jueves acudían todos los intrusos. Pero el lunes estaba reservado para sus amigas íntimas. No se admitían hombres. Sólo Maxime asistía a estas elegantes reuniones que se desarrollaban en la salita. Una tarde se le ocurrió a Renée la asombrosa idea de vestirlo de mujer y presentarlo como una de sus primas. Adeline, Suzanne, la baronesa de Meinhold y las otras amigas que estaban allí se levantaron, saludaron, extrañadas ante aquel semblante que reconocían vagamente. Después, cuando comprendieron, se rieron mucho, se negaron rotundamente a que el joven fuese a desvestirse. Lo conservaron con sus faldas, jocosamente, prestándose a bromas equívocas. Cuando había acompañado a aquellas señoras por la puerta principal, daba la vuelta al parque y regresaba por el invernadero. Jamás las buenas amigas tuvieron la menor sospecha. Los amantes no podían mostrarse más familiares de lo que ya lo eran, cuando se proclamaban buenos amigos. Y si ocurría que un sirviente los veía abrazarse un poco de más, de pasada, no experimentaba la menor sorpresa, pues estaban habituados a las bromas de la señora y del hijo del señor. Esta entera libertad, esta impunidad los envalentonaba aún más. Si de noche corrían los cerrojos, de día se besaban en todas las estancias del palacete. Inventaron mil jueguecitos para los días de lluvia. Pero el gran placer de Renée seguía siendo encender un fuego terrible y amodorrarse ante la lumbre. Desplegó, ese invierno, un

maravilloso lujo de ropa interior. Llevó camisas y batas de un precio loco, cuyos entredoses y batistas la cubrían apenas con un humo blanco. Y, al resplandor rojo del fuego, permanecía como desnuda, los encajes y la piel de color de rosa, la carne bañada por la llama a través de la delgada tela. Maxime, acurrucado a sus pies, le besaba las rodillas, sin sentir siquiera la ropa que tenía el color y la tibieza de aquel hermoso cuerpo. La luz era escasa, caía como un crepúsculo en el dormitorio de seda gris, mientras Céleste iba y venía a sus espaldas, con su paso tranquilo. Se había convertido en su gran cómplice, naturalmente. Una mañana que se habían entretenido en la cama los encontró, y conservó su flema de sirvienta de sangre helada. Ellos ya no se recataban; ella entraba a cualquier hora, sin que el ruido de sus besos le hiciera volver la cabeza. Contaban con ella para prevenirlos en caso de alerta. No comprobaban su silencio. Era una chica muy ahorrativa, muy honrada, y a quien no se le conocían amantes. Sin embargo, Renée no se había enclaustrado. Seguía apareciendo en sociedad, y llevaba a Maxime de acompañante, como un paje rubio de frac negro, y disfrutaba incluso de placeres más vivos. La temporada fue para ella un prolongado triunfo. Jamás había tenido ideas más atrevidas de trajes y peinados. Fue entonces cuando se atrevió a llevar el famoso vestido de raso del color de las zarzas, sobre el cual estaba bordada toda una cacería de ciervos, con atributos, cebadores, cuernos de caza, cuchillos de anchas hojas. Fue también entonces cuando puso de moda los peinados antiguos, que Maxime tuvo que ir a dibujarle al museo Campana, recién abierto. Se rejuvenecía, estaba en la plenitud de su belleza turbulenta. El incesto ponía en ella una llama que brillaba en el fondo de sus ojos y caldeaba sus risas. Sus quevedos asumían insolencias supremas en la punta de su nariz, y miraba a las otras mujeres, a sus buenas amigas que alardeaban de la enormidad de cualquier vicio, con un aire de adolescente jactancioso, con una sonrisa fija que significaba: «Tengo mi crimen». En cuanto a Maxime, opinaba que la vida social era un fastidio. Cuando pretendía aburrirse en sociedad, era por distinción, pues no se divertía realmente en ninguna parte. En las Tullerías, en los ministerios, desaparecía en las faldas de Renée. Pero volvía a ser el amo cuando se trataba de alguna escapada. Renée quiso volver a ver el reservado del bulevar, y la anchura del diván la hizo sonreír. Después, él la llevó, un poco por todas partes, a casas de daifás, al baile de la ópera, (Los bailes de la ópera precedían en unos días a las fiestas de Carnaval y eran bailes populares.), a los palcos de los teatrillos, a todos los lugares equívocos donde podían codearse con el vicio brutal, saboreando las alegrías del incógnito. Cuando regresaban furtivamente al palacete, rotos de fatiga, se dormían uno en brazos del otro, incubando la embriaguez del París puerco, con jirones de cuplés picarescos cantando aún en sus oídos. Al día siguiente, Maxime imitaba a los actores, y Renée, en el piano de la salita, trataba de encontrar la voz ronca y los contoneos de Blanche Muller, en su papel de la Bella Helena. Sus clases de música del convento no le servían sino para destrozarse los cuplés de las bufonadas nuevas. Sentía un santo horror por las melodías serias. Maxime se mofaba con ella de la música alemana, y se creyó en el deber de ir a silbar el Tannhäuser, por convicción, y por defender las cancioncillas picantes de su madrastra. Una de sus grandes diversiones fue patinar; aquel invierno el patín estaba de moda, el emperador había ido uno de los primeros a probar el hielo del lago, en el Bosque de Boulogne. Renée le encargó a Worms un traje completo de polaca, terciopelo y piel; quiso que Maxime tuviera botas blandas y un gorro de zorro. Llegaban al Bosque, con un frío de perros que les pinchaba la nariz y los labios, como si el viento les hubiera soplado arena fina al rostro. Les divertía tener frío. El Bosque estaba todo gris, con hilillos de nieve, semejantes, a lo largo de las ramas, a menudos encajes. Y bajo el cielo pálido, sobre el lago inmóvil y empañado, sólo los abetos de las islas ponían aún, al borde del horizonte, sus colgaduras teatrales, donde la nieve cosía también anchos encajes. Se deslizaban ambos en el aire helado, con el vuelo rápido de las golondrinas que rozan el suelo. Se ponían un puño a la espalda, y colocándose mutuamente la otra mano sobre el hombro, marchaban rectos, sonrientes, uno al lado del otro, girando sobre sí mismos, en el ancho espacio señalado por gruesas cuerdas. Desde lo alto de la gran avenida, los curiosos los miraban. A veces iban a calentarse en las fogatas encendidas a orillas del lago. Volvían a marcharse. Redondeaban ampliamente su vuelo, con ojos llorosos de placer y de frío. Después, cuando vino la primavera, Renée se acordó de su antigua elegía. Quiso que Maxime paseara con ella por el parque Monceau, de noche, al claro de luna. Fueron a la gruta, se sentaron en la hierba, delante de la columnata. Pero, cuando ella manifestó su deseo de dar un paseo por el laguito, se dieron cuenta de que la barca que se veía desde el palacete, atada al borde de una avenida, no tenía remos. Debían de retirarlos por la tarde. Fue una desilusión. Por otra parte, las grandes sombras del parque inquietaban a los amantes. Habrían deseado que se diera en él una fiesta veneciana, con globos rojos y una orquesta. Lo preferían de día, por la tarde, y a menudo se asomaban entonces a una de las ventanas del palacete para ver los carruajes que seguían la curva hábil de la avenida principal. Estaban a gusto en aquel rincón encantador del nuevo París, en aquella naturaleza amable y limpia, en aquellos céspedes semejantes a paños de terciopelo, cortados por macizos, por arbustos selectos, y bordeados por magníficas rosas blancas. Los carruajes se cruzaban allí, tan numerosos como en un bulevar; las paseantes arrastraban sus faldas, blandamente, como si su pie no hubiera abandonado las alfombras de sus salones.

Y, a través del follaje, criticaban los vestidos, se señalaban los tiros, disfrutaban de verdaderas dulzuras con los colores tiernos de aquel gran jardín. Un trozo de verja dorada brillaba entre dos árboles, una fila de patos pasaba por el lago, el puentecito Renacimiento blanqueaba, muy nuevo entre las frondas, mientras en los dos bordes de la avenida principal, en sillas amarillas, las madres pasaban el rato charlando de los críos y las chiquillas que se miraban con aire coqueto, con muecas de niñas precoces. Los amantes sentían amor por el nuevo París. A menudo recorrían la ciudad en coche, dando un rodeo, para pasar por ciertos bulevares que amaban con un cariño personal. Las casas, altas, con grandes puertas talladas, cargadas de balcones, donde brillaban, en grandes letras de oro, nombres, letreros, razones sociales, les fascinaban. Mientras el cupé corría, seguían, con mirada amiga, las franjas grises de las aceras, anchas, interminables, con sus bancos, sus columnas abigarradas, sus entecos árboles. Aquel boquete claro que llegaba al extremo del horizonte, empequeñeciéndose y abriéndose sobre un cuadrado azulado del vacío, aquella doble hilera ininterrumpida de grandes almacenes, donde los dependientes sonreían a los clientes, aquellas corrientes de gentío pisoteante y zumbador, los llenaban poco a poco de una satisfacción absoluta y total, de una sensación de perfección en la vida de la calle. Les gustaban hasta los chorros de las mangas de riego, que pasaban como una nube blanca ante sus caballos, se desplegaban, se abatían en lluvia fina bajo las ruedas del cupé oscureciendo el suelo, alzando una leve oleada de polvo. Seguían rodando, y les parecía que el coche rodaba sobre una alfombra, a lo largo de aquella calzada recta y sin fin, que se había hecho únicamente para evitarles las negras callejas. Cada bulevar se convertía en un pasillo de su hotel. La alegría del sol reía sobre las fachadas nuevas, iluminaba los cristales, azotaba los toldos de las tiendas y de los cafés; calentaba el asfalto bajo los pasos atareados del gentío. Y cuando regresaban, un poco aturdidos por el barullo estrepitoso de aquellos largos bazares, disfrutaban con el parque Monceau como con el arriate necesario de aquel París nuevo, que desplegaba su lujo con las primeras tibiezas de la primavera. Cuando la moda los obligó definitivamente a abandonar París, fueron a los baños de mar, pero a disgusto, y en las playas del océano pensaban en las aceras de los bulevares. Su mismo amor se aburrió allá. Era una flor de invernadero que necesitaba la gran cama gris y rosa, la carne desnuda del tocador, el alba dorada de la salita. Desde que estaban solos, de noche, frente al mar, ya no encontraban nada que decirse. Ella intentó cantar su repertorio de teatro de variedades en un viejo piano que agonizaba en un rincón de su cuarto, en el hotel; pero el instrumento, húmedo por los vientos del mar, tenía la voz melancólica de la gran extensión de agua. La bella Helena fue en él, lúgubre y fantástica. Para consolarse, la joven asombró a la playa con trajes prodigiosos. Toda la pandilla de señoras estaba allí, bostezando, esperando el invierno, buscando desesperadas un traje de baño que no las afeara demasiado. Nunca pudo Renée convencer a Maxime para que se bañase. Tenía un abominable miedo al agua, se ponía muy pálido cuando la ola llegaba hasta sus botines, y por nada del mundo se hubiera aproximado al borde de un acantilado; caminaba lejos de los hoyos, dando largos rodeos para evitar la menor cuesta un poco pina. Saccard vino en dos o tres ocasiones a ver a los «niños». Las preocupaciones lo aplastaban, decía. Sólo hacia octubre, cuando se encontraron los tres en París, pensó seriamente en acercarse a su mujer. El asunto de Charonne maduraba. Su plan fue neto y brutal. Contaba con atrapar a Renée en el juego que habría jugado con una mujerzuela. Ella vivía con crecientes necesidades de dinero, y, por orgullo, sólo se dirigía a su marido en último extremo. Este último se prometió aprovechar su primera petición para mostrarse galante, y reanudar unas relaciones rotas hacía tiempo, en medio de la alegría de alguna gran deuda pagada. Terribles aprietos esperaban a Renée y a Maxime en París. Varios pagarés firmados a Larsonneau habían vencido; pero, como Saccard los dejaba dormir naturalmente en el alguacil, esos pagarés inquietaban poco a la joven. Mucho más la asustaba su deuda con Worms, que ascendía ahora a cerca de doscientos mil francos. El modista exigía un pago a cuenta, amenazando con suspender todo crédito. Ella sentía bruscos temblores cuando pensaba en el escándalo de un proceso y sobre todo en un enfado con el ilustre costurero. Y además necesitaba dinero para alfileres. Iban a morir de aburrimiento, ella y Maxime, si no tenían unos luises diarios para gastar. El pobre chico estaba sin blanca, desde que registraba en vano los cajones de su padre. Su fidelidad, su ejemplar prudencia durante siete u ocho meses, tenían mucho que ver con el vacío absoluto de su bolsa. No siempre tenía veinte francos para invitar a alguna buscona a cenar. Por eso regresaba filosóficamente al palacete. La joven, en cada una de sus escapadas, le entregaba su monedero para que él pagase en los restaurantes, en los bailes, en los teatrillos. Continuaba tratándolo maternalmente, e incluso pagaba ella, con la punta de sus dedos enguantados, en la pastelería donde se detenían casi todas las tardes, para comer pastelillos de ostras. A menudo él encontraba, por la mañana, en su chaleco, luises que no sabía que estaban allí, y que ella le había metido, como una madre que abastece el bolsillo de un colegial. ¡Y esta hermosa existencia de meriendas, de caprichos satisfechos, de placeres fáciles, iba a acabarse! Pero un temor aún más grave vino a consternarlos. El joyero de Sylvia, a quien él debía diez mil francos, se enfadó, habló de Clichy. (La prisión de la calle de Clichy, donde se encarcelaba a los deudores insolventes. La cárcel por deudas sólo fue abolida en 1867.) Los pagarés que tenía en sus manos,

protestados desde hacía tiempo, estaban recargados con tales gastos que la deuda resultaba incrementada en tres o cuatro mil francos. Saccard declaró rotundamente que no podía hacer nada. Su hijo en Clichy le daría notoriedad y cuando lo sacara de allí armaría mucho ruido con esta largueza paternal. Renée estaba desesperada; veía a su querido niño en prisión, pero en un auténtico calabozo, acostado sobre paja húmeda. Una noche, le propuso seriamente que no volviera a salir de casa, que viviera allí ignorado de todos, al abrigo de los corchetes. Después se juró que encontraría el dinero. Jamás hablaba del origen de la deuda, de aquella Sylvia que confiaba sus amores a los espejos de los reservados. Lo que necesitaba eran unos cincuenta mil francos: quince mil para Maxime, treinta mil para Worms, y cinco mil francos para alfileres. Habrían tenido ante sí quince largos días de felicidad. Se puso en campaña. Su primera idea fue pedirle los cincuenta mil francos a su marido. Sólo se decidió con ciertas repugnancias. Las últimas veces que él había entrado en su cuarto a traerle dinero, le había dado nuevos besos en el cuello, cogiéndole las manos, hablándole de su cariño. Las mujeres tienen un sentido muy delicado para adivinar a los hombres. Por eso esperaba una exigencia, un trato tácito y cerrado entre sonrisas. En efecto, cuando le pidió los cincuenta mil francos, él protestó, dijo que Larsonneau nunca prestaría esa suma, que él mismo estaba todavía demasiado apurado. Después, cambiando de voz, como vencido y presa de una súbita emoción, murmuró: -No se le puede negar a usted nada. Voy a recorrer París, a hacer lo imposible... Quiero, querida amiga, que esté usted contenta. -Y pegando los labios a su oreja, besándole el pelo, con voz algo trémula-: Te los llevaré mañana por la noche, a tu cuarto... sin pagaré... Pero ella dijo vivamente que no tenía prisa, que no quería molestarlo hasta tal punto. Él, que acababa de poner todo su corazón en aquel peligroso «sin pagaré», que había dejado escapar y que ya le pesaba, no pareció haber sufrido una negativa desagradable. Se levantó, diciendo: -¡Bien!, a su disposición... Le encontraré la suma, cuando llegue el momento. Larsonneau no entrará para nada, entiéndalo. Es un regalo que quiero hacerle. Sonreía con aire bonachón. Ella se quedó con una cruel angustia. Sentía que perdería el poco equilibrio que le quedaba si se entregaba a su marido. Su último orgullo estribaba en estar casada con el padre, pero en no ser sino la mujer del hijo. A menudo, cuando Maxime le parecía frío, intentaba hacerle entender esta situación con alusiones muy claras; es cierto que el joven, a quien esperaba ver caer a sus pies tras esta confidencia, se mostraba enteramente indiferente, creyendo sin duda que quería tranquilizarlo sobre la posibilidad de un encuentro entre su padre y él, en el cuarto de seda gris. Cuando Saccard la hubo dejado, se vistió precipitadamente y mandó enganchar los caballos. Mientras su cupé la llevaba hacia L'Île-Saint-Louis, preparaba la manera en que iba a pedir los cincuenta mil francos a su padre. Se arrojaba a esta idea repentina, sin querer discutirla, sintiéndose muy cobarde en el fondo, y asaltada por un invencible espanto ante semejante gestión. Cuando llegó, el patio del palacete Béraud la dejó helada, con su humedad lúgubre de claustro, y con ganas de escapar subió la ancha escalera de piedra, donde sus botitas de tacón alto sonaban terriblemente. Había cometido la tontería, en su prisa, de elegir un vestido de seda de color hoja seca con anchos volantes de encaje blanco, adornado con lazos de raso, cortado por una cintura plisada como un chal. Este traje, completado por una pequeña toca, con un gran velillo blanco, ponía una nota tan singular en el sombrío tedio de la escalera que ella misma tuvo conciencia de la extraña figura que componía allí. Temblaba al cruzar la austera sucesión de inmensas estancias, donde los personajes vagos de los tapices parecían sorprendidos por aquella oleada de faldas que pasaban en medio de la penumbra de su soledad. Encontró a su padre en un salón que daba al patio, donde solía estar. Leía un gran libro colocado sobre un atril adaptado a los brazos de su sillón. Delante de una de las ventanas, la tía Elisabeth hacía calceta con largas agujas de madera; y, en el silencio de la pieza, sólo se oía el tictac de esas agujas. Renée se sentó, cohibida, sin poder hacer un movimiento que no turbara la severidad del alto techo con un ruido de telas arrugadas. Sus encajes eran de una blancura cruda, sobre el fondo negro de las tapicerías y de los viejos muebles. El señor Béraud Du Châtel, las manos colocadas en el borde del atril, la miraba. La tía Elisabeth habló de la próxima boda de Christine, que iba a casarse con el hijo de un abogado muy rico; la joven había salido con una vieja sirvienta de la familia, para ir a casa de un proveedor; y la buena tía hablaba ella sola, con su voz plácida, sin dejar de calcetar, charlando sobre los asuntos de la pareja, dirigiendo miradas sonrientes a Renée por encima de sus lentes. Pero la joven se iba turbando cada vez más. Todo el silencio del palacete pesaba sobre sus hombros, y hubiera dado cualquier cosa porque los encajes de su vestido fuesen negros. La mirada de su padre la turbaba hasta tal punto que encontró a Worms realmente ridículo por haber imaginado unos volantes tan grandes. - ¡Qué guapa estás, hija mía! -dijo de pronto tía Elisabeth, que ni siquiera había visto los encajes de su sobrina. Detuvo sus agujas, se sujetó los lentes, para ver mejor. El señor Béraud Du Châtel esbozó una pálida sonrisa. -Demasiado blanco -dijo-. Una mujer debe de andar muy incómoda con eso por las aceras. -Pero, padre, ¿una no sale a pie! - exclamó Renée, que lamentó de inmediato esa espontánea exclamación. El anciano iba a responder. Después se levantó, enderezó su alta estatura, y caminó lentamente, sin mirar más a su hija. Esta seguía palidísima de emoción. Cada vez que se exhortaba a tener valor y buscaba una transición para llegar a la petición de dinero, experimentaba

una punzada en el corazón. -Ya no se le ve, padre -murmuró. -¡Oh! -respondió la tía, sin dar tiempo a que su hermano despegara los labios-, tu padre apenas sale, más que para ir al jardín Botánico de vez en cuando. ¡Y aun así tengo que enfadarme! Dice que se pierde en París, que la ciudad ya no está hecha para él.. Vamos, ¡puedes regañarle! -¡Mi marido estaría tan contento de verle acudir de cuando en cuando a nuestros jueves! -continuó la joven. El señor Béraud Du Châtel dio unos pasos en silencio. Después, con voz tranquila: -Dale las gracias a tu marido -dijo-. Es un muchacho activo, al parecer, y deseo por ti que lleve honradamente sus negocios. Pero no tenemos las mismas ideas, y no estoy a gusto en vuestra hermosa casa del parque Monceau. La tía Elisabeth pareció apenada por esta respuesta. -¡Qué malos son los hombres con su política! -dijo alegremente-. ¿Quieres saber la verdad? Tu padre está furioso con vosotros, porque vais a las Tullerías. Pero el anciano se encogió de hombros, como para decir que su descontento tenía causas mucho más graves. Volvió a andar lentamente, pensativo. Renée guardó silencio un instante, teniendo en la punta de la lengua la petición de los cincuenta mil francos. Después, la invadió una cobardía mayor, abrazó a su padre, y se marchó. La tía Elisabeth quiso acompañarla hasta la escalera. Al cruzar la sucesión de estancias, continuaba charlando con su vocecita de vieja: -Eres dichosa, mi querida niña. Me da mucho gusto verte guapa y con buena salud; porque, si tu boda hubiera salido mal, ¿sabes que me habría considerado culpable?... Tu marido te ama, tienes todo lo que necesitas, ¿verdad? -Claro que sí -respondió Renée, esforzándose por sonreír aunque desesperada. La tía la retuvo todavía, con la mano en la barandilla de la escalera. - Mira, no tengo más que un temor, y es que te embriagues con toda tu felicidad. Sé prudente, y sobre todo no vendas nada... Si un día tuvieras un hijo, encontrarías una fortunita ya lista para él. Cuando Renée estuvo en su cupé exhaló un suspiro de alivio. Tenía gotas de un sudor frío en las sienes; se las secó, pensando en la humedad glacial del palacete Béraud. Después, cuando el cupé rodó al claro sol del muelle de Saint-Paul, se acordó de los cincuenta mil francos, y todo su dolor despertó, más vivo. Ella, a quien se suponía tan atrevida, ¡qué cobarde acababa de ser! Y sin embargo se trataba de Maxime, de su libertad, ¡de las alegrías de ambos! Entre los amargos reproches que se dirigía, de repente surgió una idea que llevó al colmo su desesperación: habría debido hablar de los cincuenta mil francos a tía Elisabeth, en la escalera. ¿Dónde había tenido la cabeza? La buena mujer quizás le hubiera prestado la suma, o por lo menos la habría ayudado. Se inclinaba ya para decirle a su cochero que regresase a la calle Saint-Louis-en-l'Île, cuando creyó ver la imagen de su padre cruzando lentamente la sombra solemne del gran salón. jamás tendría valor para entrar de inmediato en esa estancia. ¿Qué diría para explicar esta segunda visita? Y, en su interior, tampoco encontraba valor para hablar del asunto con tía Elisabeth. Dijo a su cochero que la llevara a la calle del faubourg Poissonnière. Sidonie lanzó un grito de entusiasmo cuando la vio empujar la puerta discretamente velada de la tienda. Estaba allí por casualidad, iba a salir a ver al juez de paz, donde tenía citada a una clienta. Pero no aparecería, otro día sería, estaba demasiado encantada de que su cuñada hubiera tenido por fin la amabilidad de devolverle una visita. Renée sonreía, con aire cohibido. Sidonie se negó rotundamente a que se quedara abajo; la hizo subir a su cuarto, por la escalerita, tras haber retirado el pomo de cobre de la tienda. Quitaba así y volvía a poner veinte veces al día aquel pomo, sujeto por un simple clavo. -Y ahora, guapita -dijo sentándola en una tumbona-, vamos a poder charlar cómodamente... Figúrese que me viene como anillo al dedo. Iba a ir esta tarde a su casa. Renée, que conocía el cuarto, experimentaba en él esa vaga sensación de malestar que procura a un paseante un rincón de bosque talado en un paisaje predilecto. -¡Ah! -dijo por fin-, ha cambiado usted la cama de sitio, ¿verdad? - Sí -respondió tranquilamente la vendedora de encajes-, una de mis clientas la encuentra mucho mejor frente a la chimenea. También me ha aconsejado cortinas rojas. -Es lo que me decía, las cortinas no eran de este color.. Un color muy corriente, el rojo. Y se puso sus quevedos, miró aquella habitación que tenía un lujo de hotel de citas. Vio en la chimenea largas horquillas que no venían ciertamente del ralo moño de Sidonie. En el sitio donde se hallaba antes la cama, el papel pintado aparecía todo arañado, desteñido y ensuciado por los colchones. La corredora había intentado ocultar esa lacra tras los respaldos de dos sillones; pero los respaldos eran un poco bajos, y Renée se detuvo ante esa franja desgastada. -¿Tenía usted algo que decirme? -preguntó por fin. -Sí, es toda una historia -dijo Sidonie, juntando las manos, con muecas de glotona que va a contar lo que ha tomado de cena-. Imagínese que el señor De Saffré está enamorado de la hermosa señora Saccard... Sí, de usted, monina. Ella ni siquiera hizo un movimiento de coquetería. -¡Vaya! -dijo-. ¿No decía usted que estaba tan prendado de la señora Michelin? -¡Oh!, se acabó, se acabó de veras... Puedo darle la prueba, si quiere... ¿No sabe, pues, que la pequeña Michelin le ha gustado al barón de Gouraud? No hay quien lo entienda. Todos los que conocen al barón están estupefactos... ¿Y sabe que está a punto de conseguir la Legión de Honor para su marido?... ¡Ésa sí que es lista! Tiene agallas, no necesita de nadie para dirigir su barca. -Dijo esto con cierto pesar mezclado con admiración-. Pero volvamos al señor De Saffré... Al parecer la encontró a usted en un baile de actrices, disimulada en un dominó, e incluso se acusa de haberla invitado un poco groseramente a cenar... ¿Es cierto? La joven estaba sorprendidísima. -Totalmente cierto



-murmuró-; pero ¿quién ha podido decirle?... -Espere, él dice que la reconoció más adelante, cuando usted ya no estaba en el salón, y recordó haberla visto salir del brazo de Maxime... Desde ese momento está loco de amor. Le ha brotado del corazón, ¿comprende usted? Un capricho... Ha venido a verme para suplicarme que le presentara a usted sus excusas... -¡Bueno! Pues dígame que le perdono -interrumpió negligentemente Renée. Después continuó, acordándose de todas sus angustias-: ¡Ah!, mi buena Sidonie, estoy muy torturada. Necesito imprescindiblemente cincuenta mil francos mañana por la mañana. Había venido a hablarle de este asunto. ¿No me había dicho que conocía prestamistas? La corredora, picada por la forma brusca con que su cuñada le cortaba la historia, le hizo esperar algún tiempo su respuesta. -Sí, claro; sólo que le aconsejo, ante todo, que busque entre los amigos... Yo, en su lugar, sé muy bien lo que haría... Me dirigiría al señor De Saffré, sencillamente. Renée esbozó una sonrisa violenta. -Pero -prosiguió- no sería decente, ya que usted pretende que está tan enamorado. La vieja la miraba con ojos fijos; después su rostro blando se fundió dulcemente en una sonrisa de tierna piedad: -Pobrecita mía -murmuró-, ha llorado usted; no lo niegue, lo veo en sus ojos. Sea fuerte, acepte la vida... Veamos, déjeme arreglar el asuntillo en cuestión. Renée se levantó, retorciéndose los dedos, haciendo crujir los guantes. Y se quedó de pie, sacudida por una cruel lucha interior. Abría los labios, acaso para aceptar, cuando un ligero campanillazo resonó en la pieza contigua. Sidonie salió vivamente, entornando una puerta que dejó ver una doble hilera de pianos. La joven oyó a continuación unos pasos masculinos y el ruido ahogado de una conversación en voz baja. Maquinalmente, fue a examinar más de cerca la mancha amarillenta con que los colchones habían rayado la pared. Aquella mancha la inquietaba, le molestaba. Olvidando todo, Maxime, los cincuenta mil francos, al señor De Saffré, volvió junto a la cama, pensativa: aquella cama estaba mucho mejor en el sitio donde se encontraba antes; realmente había mujeres que carecían de gusto; con toda seguridad, cuando se estaba acostado la luz debía de herir los ojos. Vio vagamente alzarse, en el fondo de su recuerdo, la imagen del desconocido del muelle de Saint Paul, su romance en dos citas, aquel amor casual que había saboreado allí, en aquel otro sitio. Sólo quedaba de él el desgaste del papel pintado. Entonces el cuarto la llenó de malestar, y se impacientó con el zumbido de las voces que continuaba en la pieza contigua. Cuando Sidonie regresó, abriendo y cerrando la puerta con precaución, hizo señas repetidas con la punta de los dedos, para recomendarle que hablara bajito. Después a su oído: -¡No sabe usted, qué casualidad! Está ahí el señor De Saffré. - No le habrá dicho, al menos, que estaba aquí yo -preguntó la joven, inquieta. La corredora pareció sorprendida y, muy ingenuamente: -Pues sí... Espera que le diga que pase. Por supuesto, no le he hablado de los cincuenta mil francos... Renée, palidísima, se había enderezado como bajo un latigazo. Un inmensa altivez embargaba su corazón. Aquel ruido de botas, que oía más brutal en el cuarto de al lado, la exasperaba. -Me marchó -dijo con voz breve-. Venga a abrirme la puerta. Sidonie intentó una sonrisa. -No sea niña... No puedo quedarme con ese muchacho a cuestas, ahora que le he dicho que usted estaba aquí... Realmente, me compromete usted... Pero la joven había bajado ya por la escalerita. Repetía, ante la puerta cerrada de la tienda: -Ábrame, ábrame. La vendedora de encajes, cuando retiraba el pomo de la puerta, tenía la costumbre de metérselo en el bolsillo. Quiso parlamentar aún. Al final, encolerizada también ella, dejando traslucir en el fondo de sus ojos grises la agria sequedad de su natural, exclamó: - Pero, bueno, ¿qué quiere usted que le diga a ese hombre? -Que no estoy en venta -respondió Renée, que tenía un pie en la acera. Y le pareció oír a Sidonie murmurar al cerrar violentamente la puerta: «¡Pues lárgate, furcia! Me las pagarás». «¡Caray! -pensaba al volver a subir a su cupé- prefiero incluso a mi marido.» Regresó directamente al hotel. Por la noche, le dijo a Maxime que no fuera: estaba indispuesta, necesitaba reposo. Y, al día siguiente, cuando le entregó los quince mil francos para el joyero de Sylvia, se quedó cortada ante su sorpresa y sus preguntas. Era su marido, dijo, que había hecho un buen negocio. Pero a partir de ese día se mostró más antojadiza, cambiaba a menudo las horas de cita que daba al joven, y a menudo incluso lo acechaba en el invernadero para despedirlo. Él no se inquietaba mucho con estos cambios de humor; le agradaba ser una cosa obediente en manos de las mujeres. Lo que le fastidió más fue el giro moral que tomaban a veces sus conversaciones de enamorados. Ella se ponía muy triste, incluso a veces tenía gruesas lágrimas en los ojos. Interrumpía su cancioncilla sobre «el hermoso joven» de La bella Helena, tocaba los cánticos del internado, preguntaba a su amante si no creía que el mal era castigado tarde o temprano. «Decididamente, está envejeciendo -pensaba él-. A lo sumo resultará divertida un año o dos más.» La verdad es que ella sufría cruelmente. Ahora, habría preferido engañar a Maxime con el señor De Saffré. En casa de Sidonie se había rebelado, había cedido a una instintiva altivez, al asco de aquel grosero trato. Pero, en los días siguientes, cuando soportó las angustias del adulterio, todo zozobró en su interior, y se sintió tan despreciable que se habría entregado al primer hombre que hubiera empujado la puerta del cuarto de los pianos. Si hasta entonces la idea de su marido se había presentado alguna vez en el incesto, como una pizca de voluptuoso horror, el marido, el hombre en sí, entró a partir de entonces con una brutalidad que cambió sus sensaciones más delicadas en dolores intolerables. Ella, que se complacía en los refinamientos de su falta y que soñaba de buen grado con un rincón de

paraíso sobrehumano, donde los dioses disfrutaban de sus amores en familia, se precipitaba al vulgar desenfreno, a compartir a dos hombres. En vano intentó gozar con la infamia. Tenía aún los labios calientes de los besos de Saccard cuando los ofrecía a los besos de Maxime. Su curiosidad descendió al fondo de esas voluptuosidades malditas; llegó hasta mezclar esos dos cariños, hasta buscar al hijo en los abrazos del padre. Y salía más despavorida, más lastimada de ese viaje a lo desconocido del mal, de esas tinieblas ardientes en las que confundía a su doble amante, con terrores que ponían un estertor en sus alegrías. Se guardó ese drama para sí misma, dobló su sufrimiento con las fiebres de su imaginación. Habría preferido morir a confesarle la verdad a Maxime. Sentía un sordo temor a que el joven se rebelara, la abandonara; profesaba sobre todo una fe tan absoluta en su monstruoso pecado y la condenación eterna que de mejor gana hubiera cruzado desnuda el parque Monceau antes de confesar su vergüenza en voz baja. Seguía siendo, por lo demás, la atolondrada que asombraba a París con sus extravagancias. La asaltaban alegrías nerviosas, caprichos prodigiosos, de los que hablaban los periódicos, designándola con sus iniciales. Fue en esa época cuando quiso seriamente batirse en duelo, a pistola, con la duquesa de Sternich, que había derramado, con mala idea, decía ella, un vaso de ponche sobre su traje; su cuñado el ministro tuvo que enfadarse. Otra vez, apostó con la señora de Lauwerens que daría la vuelta a la pista de Longchamp en menos de diez minutos, y sólo la retuvo una cuestión de vestuario. El propio Maxime empezaba a espantarse con aquella cabeza en la que la locura ascendía, y en la cual creía oír, de noche, en la almohada, todo el alboroto de una ciudad en celo tras los placeres. Una noche, fueron juntos al Théâtre Italien. Ni siquiera habían mirado el cartel. Querían ver a una gran trágica italiana, la Ristori, que convocaba entonces a todo París, y por quien la moda les ordenaba interesarse. Ponían Fedra. (Adelaide Ristori (1822-1906), famosa intérprete del repertorio romántico francés y alemán, presentó en varias ocasiones en París una traducción al italiano de la Fedra de Racine.) Él recordaba bastante su repertorio clásico, ella sabía bastante italiano para seguir la pieza. E incluso este drama les causó una emoción particular, en aquella lengua extranjera cuyas sonoridades les parecían, a veces, un simple acompañamiento de orquesta que sostenía la mímica de los actores. Hipólito era un mozo alto, pálido, muy mediocre, que lloraba su papel. -¡Qué ganso! -murmuraba Maxime. Pero la Ristori, con sus fuertes hombros estremecidos por los sollozos, con su cara trágica y sus rollizos brazos, conmovía hondamente a Renée. Fedra era de la sangre de Pasifae, y se preguntaba de qué sangre podía ser ella, ella, la incestuosa de los nuevos tiempos. No veía de la pieza sino aquella mujer alta arrastrando por las tablas el crimen antiguo. En el primer acto, cuando Fedra le hace a Enone la confidencia de su cariño criminal; en el segundo, cuando se declara, muy ardiente, a Hipólito; y más adelante, en el cuarto, cuando el regreso de Teseo la abrumba, y se maldice, en una crisis de sombrío furor, ella llenaba la sala con tal grito de fiera pasión, con tal necesidad de sobrehumana voluptuosidad, que la joven sentía pasar por su carne cada temblor de su deseo y de sus remordimientos. -Espera -murmuraba Maxime a su oído-, vas a oír el relato de Terámenes. ¡Tiene una pinta estupenda, ese viejo! Y murmuró con voz hueca: A peine nous sortions des portes de Trézène, Il étail sur son char... Pero Renée, cuando habló el anciano, ya no miró, ya no escuchó. La araña la cegaba, un calor sofocante le llegaba de todas aquellas caras pálidas tendidas hacia el escenario. El monólogo continuaba, interminable. Ella estaba en el invernadero, bajo el follaje ardiente, y soñaba que su marido entraba, la sorprendía en brazos de su hijo. Sufría horriblemente, perdía el conocimiento, cuando el postrer estertor de Fedra, arrepentida y moribunda entre las convulsiones del veneno, le hizo abrir los ojos. El telón caía. ¿Tendría fuerzas para envenenarse, un día? ¡Qué mezquino y vergonzoso era su drama, comparado con la epopeya antigua! Y mientras Maxime le anudaba bajo la barbilla su salida de teatro, oía aún retumbar a sus espaldas la ruda voz de la Ristori, a la cual respondía el murmullo complaciente de Enone. En el cupé el joven habló solo, encontraba en general la tragedia «pesada», y prefería las piezas del Teatro Bufó. Sin embargo Fedra era «escabrosa». Se había interesado, porque... Y apretó la mano de Renée, para completar su pensamiento. Después se le pasó una idea por la cabeza, y cedió al deseo de hacer una frase: -Soy yo -murmuró-, el que tenía razón al no acercarme al mar, en Trouville. Renée, perdida en el fondo de su doloroso sueño, callaba. Él tuvo que repetir su frase. -¿Por qué? -preguntó asombrada, sin entender. -Pues por el monstruo... Y soltó una risita burlona. Esta broma heló a la joven. Todo se trastornó en su cabeza. La Ristori ya no era más que un gran pelele que se levantaba el pelo y le sacaba la lengua al público como Blanche Muller en el tercer acto de La bella Helena. Terámenes bailaba el cancan, e Hipólito comía rebanadas de pan con mermelada metiéndose los dedos en la nariz. Cuando un remordimiento más agudo estremecía a Renée, ésta sentía rebeliones soberbias. ¿Cuál era pues su crimen, y por qué iba a ruborizarse? ¿Es que no caminaba cada día sobre infamias mayores? ¿Es que no se codeaba, en los ministerios, en las Tullerías, por doquier, con miserables como ella, que tenían sobre su carne millones y a quienes se adoraba de rodillas? Pensaba en la vergonzosa amistad de Adeline de Espanet y de Suzanne Haffner, a cuenta de la cual se sonreía a veces en los lunes de la emperatriz. Se acordaba del negocio de la señora De Lauwerens, a quien los maridos ensalzaban por su buena conducta, su orden, su puntualidad

en pagar a sus proveedores. Nombraba a la señora Daste, la señora Teissière, la baronesa de Meinhold, esas criaturas cuyo lujo pagaban sus amantes, y que se cotizaban en la buena sociedad como los valores en la Bolsa. La señora de Guende era tan tonta y tan bien formada, que tenía por amantes a la vez a tres oficiales superiores, sin poder distinguirlos, a causa de su uniforme; lo cual hacía decir a ese demonio de Louise que ante todo los obligaba a quedarse en camisa, para saber con cuál de los tres hablaba. La condesa Vanska, por su parte, se acordaba de los patios donde había cantado, de las aceras a lo largo de las cuales se decía que la habían visto, vestida de india, merodeando como una loba. Cada una de esas mujeres tenía su vergüenza, su lacra desplegada y triunfante. Y además, dominándolas a todas, la duquesa de Sternich se erguía, fea, vieja, cansada, con la gloria de haber pasado una noche en el lecho imperial; era el vicio oficial, ella lo conservaba como una majestad del desenfreno y una soberanía sobre aquella pandilla de ilustres busconas. Entonces la incestuosa se acostumbraba a su falta, como a un traje de gala cuya tiesura la hubiera molestado al principio. Seguía las modas de la época, se vestía y se desvestía a imitación de las otras. Acababa por creer que vivía en un mundo superior a la moral común, donde los sentidos se afinaban y desarrollaban, donde estaba permitido desnudarse para gozo del Olimpo entero. El mal se convertía en un lujo, una flor prendida en los cabellos, un diamante sujeto sobre la frente. Y volvía a ver, como una justificación y una redención, al emperador, del brazo del general, pasar entre las dos filas de hombros inclinados. Un solo hombre, Baptiste, el ayuda de cámara de su marido, seguía inquietándola. Desde que Saccard se mostraba galante, aquel lacayo alto, digno y pálido, parecía caminar en torno a ella con la solemnidad de una censura muda. No la miraba, sus miradas frías pasaban más arriba, por encima de su moño, con pudores de sacristán que se niega a ensuciar sus ojos en la cabellera de una pecadora. Se imaginaba que lo sabía todo, hubiera comprado su silencio, de haberse atrevido. Después le entraban desazones, experimentaba una especie de confuso respeto, cuando se encontraba a Baptiste, diciéndose que toda la honradez de sus íntimos se había retirado y ocultado bajo el negro frac de aquel lacayo. Un día le preguntó a Céleste: -¿Baptiste bromea en la cocina? ¿Le conoce usted alguna aventura, alguna amante? -¡Ni hablar! -se contentó con responder la doncella. -Vamos, ha debido de hacerle la corte... -¡Bah! Nunca mira a las mujeres. Apenas lo vemos... Está siempre con el señor o en las cuadras. Dice que le gustan mucho los caballos. Renée se irritaba con esta honradez, insistía, le habría gustado poder despreciar a su gente. Aunque le había tomado cariño a Céleste, le habría regocijado conocerle amantes. -Pero usted, Céleste, ¿no opina que Baptiste es un guapo mozo? -¡Yo, señora! -exclamó la camarera, con el aire estupefacto de una persona que acaba de oír algo prodigioso-. ¡Oh!, como si no tuviera otras cosas en que pensar. No quiero nada con los hombres. Tengo mi plan, ya verá usted más adelante. No soy tonta, faltaría más. Renée no pudo sacarle una palabra más clara. Sus preocupaciones, por otra parte, aumentaban. Su vida bulliciosa, sus carreras locas, encontraban numerosos obstáculos que tenía que salvar, y contra los cuales se magullaba a veces. Fue así como Louise de Mareuil se alzó un día entre ella y Maxime. No tenía celos de «la jorobada», como la nombraba desdeñosamente; sabía que estaba desahuciada por los médicos, y no podía creer que Maxime se casase jamás con semejante callo, ni siquiera al precio de un millón de dote. En medio de sus caídas, había conservado una ingenuidad burguesa respecto a la gente que amaba; aunque se despreciaba a sí misma, a ellos los creía de buen grado superiores y muy estimables. Pero, aun rechazando la posibilidad de un matrimonio que le hubiera parecido un siniestro desenfreno y un robo, sufría con las familiaridades, con la camaradería de los jóvenes. Cuando le hablaba de Louise a Maxime, éste reía de gusto, le contaba las frases de la niña, le decía: -Me llama su hombrecito, ¿sabes?, esa chiquilla. Y demostraba tal libertad de espíritu, que ella no se atrevía a darle a entender que la chiquilla tenía diecisiete años, y que sus juegos de manos, su apresuramiento, en los salones, por buscar los rincones en sombra para burlarse de todo el mundo, la apenaban, le estropeaban las más hermosas veladas. Un hecho vino a imprimir a la situación un singular carácter. Renée sentía a veces necesidad de fanfarronear, caprichos de osadía brutal. Arrastraba a Maxime detrás de una cortina, detrás de una puerta, y lo abrazaba, a riesgo de ser vista. Un jueves por la tarde, cuando el salón botón de oro estaba lleno de gente, se le antojó la linda idea de llamar al joven, que charlaba con Louise; avanzó a su encuentro, desde el fondo del invernadero, donde se encontraba, y lo besó bruscamente en la boca, entre dos macizos, creyéndose suficientemente oculta. Pero Louise había seguido a Maxime. Cuando los amantes alzaron la cabeza, la vieron, a unos pasos, mirándolos con una extraña sonrisa, sin un rubor ni un asombro, con la pinta tranquilamente amistosa de un compañero de vicio, lo bastante sabio para comprender y saborear un beso así. Ese día Maxime se sintió realmente asustado, y fue Renée la que se mostró indiferente e incluso jovial. Se había acabado. Resultaba imposible que la jorobada le quitara su amante. Pensaba: «He debido de hacerlo adrede. Ella sabe ahora que "su hombrecito" es mío». Maxime se tranquilizó, al encontrar a Louise igual de risueña, igual de divertida que antes. La juzgó «estupenda, muy buena chica». Y eso fue todo. Renée se inquietaba con razón. Saccard, desde hacía algún tiempo, pensaba en la boda de su hijo con la señorita De Mareuil. Había una dote de un millón que no quería dejar escapar, contando con

echar más adelante mano a ese dinero. Louise, a comienzos del invierno, había guardado cama cerca de tres semanas, y tuvo un miedo tal de verla morir antes de la proyectada unión que se decidió a casar a los chicos en seguida. Los encontraba un poco jóvenes, sí, pero los médicos temían el mes de marzo para la enferma del pecho. Por su parte, el señor De Mareuil estaba en una situación delicada. En el último escrutinio había conseguido por fin que le nombraran diputado. Sólo que el Cuerpo legislativo acababa de anular su elección, que fue el escándalo de la revisión de las actas. Esta elección era todo un poema cómico-heroico, a cuenta del cual los periódicos vivieron un mes. El señor Hupel de la Noue, el prefecto del departamento, había desplegado tal energía que los otros candidatos ni siquiera pudieron exhibir su profesión de fe ni distribuir sus papeletas. Por consejo suyo, el señor De Mareuil cubrió la circunscripción de mesas donde los campesinos bebieron y comieron durante una semana. Prometió, además, un ferrocarril, la construcción de un puente y tres iglesias, y envió, la víspera del escrutinio, a los electores influyentes, los retratos del emperador y la emperatriz, dos grandes grabados recubiertos de cristal y enmarcados por un listón de oro. Este envío tuvo un éxito loco, la mayoría fue aplastante. Pero cuando la Cámara, ante las carcajadas de Francia entera, se vio obligada a devolver al señor De Mareuil a sus electores, el ministro montó en una cólera terrible contra el prefecto y el desdichado candidato, que se habían mostrado realmente demasiado «rígidos». Habló incluso de presentar la candidatura oficial con otro nombre. El señor De Mareuil quedó espantado, había gastado trescientos mil francos en el departamento, poseía allí grandes fincas en las que se aburría, y que tendría que revender con pérdidas. Por ello acudió a suplicar a su querido colega que apaciguase a su hermano, que le prometiera, en su nombre, una elección totalmente decente. Fue en esa circunstancia cuando Saccard volvió a hablar de la boda de los chicos, y cuando los dos padres la decidieron definitivamente. Cuando tantearon a Maxime al respecto, experimentó cierto embarazo. Louise le divertía, la dote lo tentaba aún más. Dijo que sí, aceptó todas las fechas que Saccard quiso, para evitarse el fastidio de una discusión. Pero, en el fondo, se confesaba que, desgraciadamente, las cosas no se arreglarían con tanta facilidad. Renée no querría jamás; lloraría, haría escenas, era capaz de cometer cualquier disparate para escandalizar a París. Era muy desagradable. Ahora ella le daba miedo. Se lo comía con unos ojos inquietantes, lo poseía tan despóticamente que creía sentir sus uñas hundirse en su hombro, cuando colocaba en él su blanca mano. Su turbulencia se convertía en brusquedad, y había sonidos entrecortados en el fondo de sus risas. Él temía realmente que se volviera loca una noche entre sus brazos. En ella, los remordimientos, el temor a verse sorprendidos, las alegrías crueles del adulterio no se traducían, como en las otras mujeres, en lágrimas y postración, sino en una extravagancia aún mayor, en una necesidad de bullicio más irresistible. Y, en medio de su creciente enloquecimiento, se empezaba a oír un estertor, la avería de aquella adorable máquina que se estaba rompiendo. Maxime esperaba pasivamente una ocasión que lo desembarazase de esta amante molesta. Decía de nuevo que habían hecho una tontería. Si su camaradería había introducido al principio en sus relaciones de enamorados una voluptuosidad más, hoy le impedía romper, como habría hecho, ciertamente, con cualquier otra mujer. No habría vuelto más; era su forma de poner fin a sus amores, para evitar todo esfuerzo y toda disputa. Pero se sentía incapaz de un estallido, y hasta cedía de buen grado aún a las caricias de Renée; ésta era maternal, pagaba por él, lo sacaría de apuros si algún acreedor se enfadaba. Después, la idea de Louise, la idea del millón de dote volvía, le hacía pensar, incluso entre los besos de la joven, «que todo esto estaba bien, pero que no era serio, y que tendría que acabar de una vez». Una noche, Maxime se quedó tan rápidamente sin un céntimo, en casa de una dama donde con frecuencia se jugaba hasta el amanecer, que experimentó una de sus cóleras mudas de jugador con los bolsillos vacíos. Lo habría dado todo por poder arrojar aún unos cuantos luses sobre la mesa. Cogió su sombrero y, con el paso maquinal de un hombre empujado por una idea fija, fue al parque Monceau, abrió la pequeña verja, se encontró en el invernadero. Eran más de las doce. Renée le había prohibido ir esa noche. Ahora, cuando le cerraba su puerta, ya ni siquiera trataba de encontrar una explicación, y él sólo pensaba en aprovechar su día de permiso. Sólo recordó claramente la prohibición de la joven ante la puerta acristalada de la salita, que estaba cerrada. De ordinario, cuando Maxime iba a ir, Renée giraba de antemano la falleba de esa puerta. -¡Bah! -pensó, viendo iluminada la ventana del tocador-, voy a silbar y bajará. No la molestaré; si tiene unos luses, me irá en seguida. Y silbó suavemente. Con frecuencia, además, empleaba esa señal para anunciarle su llegada. Pero esa noche silbó inútilmente varias veces. Se obstinó, alzando el tono, sin querer desechar su idea de un préstamo inmediato. Por fin, vio la puerta acristalada abrirse con infinitas precauciones, sin que hubiera oído el menor ruido de pasos. En la media luz del invernadero apareció Renée, con el pelo suelto, apenas vestida, como si fuera a meterse en cama. Iba descalza. Lo empujó hacia una de las glorietas, bajando los peldaños pisando sobre la arena de los senderos, sin parecer notar el frío ni la rudeza del suelo. -¡Es una idiotez silbar tan fuerte! -murmuró con cólera contenida-. Te había dicho que no vinieras. ¿Qué me quieres? -¡Eh!, subamos -dijo Maxime, sorprendido por aquella acogida-. Te lo diré arriba. Vas a coger frío. Pero, al dar un paso, ella lo retuvo, y él advirtió entonces que estaba horriblemente pálida. Un espanto mudo la

encorbaba. Sus últimas prendas, los encajes de su ropa interior, colgaban como trágicos jirones sobre la piel estremecida. Maxime la examinaba con creciente asombro. -¿Qué te pasa? ¿Estás enferma? E instintivamente, alzó los ojos; miró, a través de los cristales del invernadero, la ventana del tocador donde había visto la luz. -Hay un hombre contigo -dijo de repente. -No, no, no es cierto -balbució ella, suplicante, azarada. -Vamos, querida mía, veo la sombra. Siguieron allí un instante, frente a frente, sin saber qué decirse. Los dientes de Renée castañeteaban de terror, y le parecía que arrojaban cubos de agua helada sobre sus pies descalzos. Maxime experimentaba más irritación de lo esperado; pero seguía estando aún lo bastante desinteresado para reflexionar, para decirse que la ocasión era buena, y que iba a romper. -No me harás creer que es Céleste que lleva un gabán -continuó-. Si los cristales del invernadero no fueran tan gruesos, quizás reconociera al caballero. Ella lo empujó más profundamente en la oscuridad del follaje, diciendo, con las manos juntas, presa de un creciente terror: -Maxime, por favor... Pero toda la guasa del joven despertaba, una guasa feroz que pretendía vengarse. Era demasiado frágil para que la cólera lo aliviase. El despecho frunció sus labios, y, en lugar de pegarle, como al principio le había apetecido, aguzó la voz, prosiguió: -Tendrías que habérmelo dicho, no habría venido a molestaros... No es nada del otro jueves el no amarse ya. Yo mismo empezaba a estar harto... Vamos, no te impacientes. Voy a dejarte subir, pero no antes de que me hayas dicho el nombre del caballero... -Jamás, jamás! -murmuró la joven, que ahogaba sus lágrimas. -No es para desafiarlo, es por saber... El nombre, dímelo en seguida, y me marcho. -Le había cogido las muñecas, la miraba, con su risa maligna. Y ella se debatía, enloquecida, sin querer despegar los labios, para que el nombre que él le preguntaba no pudiera escaparse-. Vamos a hacer ruido, no adelantarás nada. ¿De qué tienes miedo? ¿No somos buenos amigos?... Quiero saber quién me sustituye, estoy en mi derecho... Espera, te ayudaré. Es el señor De Mussy, cuyo dolor te ha conmovido. -Ella no respondió. Bajaba la cabeza ante semejante interrogatorio-. ¿No es el señor De Mussy?... Pues entonces el duque de Rozan. ¿Tampoco, de verdad?... ¿Quizás el conde de Chibray? ¿No es él?... -Se detuvo, buscó-. Diablos, no se me ocurre nadie más... No es mi padre, por lo que me has dicho... Renée se estremeció, como bajo una quemadura, y sordamente: -No, sabes muy bien que ya no viene. No habría aceptado yo, sería innoble. -¿Quién, entonces? Y le apretaba más fuerte las muñecas. La pobre mujer luchó aún unos instantes. - ¡Oh! ¡Maxime, si tú supieras!... Pero no puedo decir.. -Después, vencida, anonadada, mirando con espanto la ventana iluminada: Es el señor De Saffré -balbució bajito. Maxime, a quien su juego cruel divertía, palideció extremadamente ante esta confesión que solicitaba con tanta insistencia. Se irritó del dolor inesperado que le causaba aquel nombre de varón. Rechazó violentamente las muñecas de Renée, acercándose, diciéndole en pleno rostro, con los dientes apretados: -Mira, si quieres saberlo, ¡eres una...! Dijo la palabra. Y se marchaba ya cuando ella corrió hacia él, sollozante, cogiéndolo en sus brazos, murmurando palabras tiernas, peticiones de perdón, jurándole que lo seguía adorando, y que al día siguiente le explicaría todo. Pero él se soltó, cerró violentamente la puerta del invernadero, respondiendo: -¡Ah, no! Se acabó, estoy hasta las narices. Ella se quedó aplastada. Lo miró cruzar el jardín. Le parecía que los árboles del invernadero giraban a su alrededor. Después, lentamente, arrastró sus pies descalzos por la arena de los senderos, subió los peldaños de la escalinata, con la piel amoratada por el frío, más trágica entre el desorden de sus encajes. Arriba, respondió a las preguntas de su marido, que la esperaba, que había creído recordar el sitio donde podía haber caído una libretita perdida esa mañana. Y, cuando estuvo acostada, experimentó de pronto una inmensa desesperación, al reflexionar que tendría que haberle dicho a Maxime que su padre, al regresar a casa con ella, la había seguido a su cuarto para hablar de un asunto de dinero. Fue al día siguiente cuando Saccard se decidió a precipitar el desenlace del asunto de Charonne. Su mujer le pertenecía; acababa de sentirla dulce e inerte entre sus manos, como una cosa que se abandona. Por otra parte, se iba a decidir el trazado del bulevar del Príncipe Eugenio, era necesario que Renée se viera despojada antes de que se propagase la inminente expropiación. Saccard demostraba, en todo este asunto, un amor de artista; miraba madurar su plan con devoción, tendía sus trampas con los refinamientos de un cazador que pone toda su coquetería en atrapar hábilmente una pieza. Era, en él, una simple satisfacción de jugador diestro, de hombre que saborea con especial voluptuosidad la ganancia robada; quería tener los terrenos por un pedazo de pan, aun cuando le diera cien mil francos de joyas a su mujer, con la alegría del triunfo. Las operaciones más sencillas se complicaban en cuanto él se ocupaba de ellas, se convertían en dramas negros; él se apasionaba, habría apaleado a su padre por una moneda de cinco francos. Y a continuación distribuía el oro a manos llenas. Pero, antes de obtener de Renée la cesión de su parte de la propiedad, tuvo la prudencia de ir a tantear a Larssonneau sobre las intenciones de chantaje que había olfateado en él. Su instinto lo salvó, en esta circunstancia. El agente de expropiaciones había creído, por su parte, que la fruta estaba madura y que podía cogerla. Cuando Saccard entró en el despacho de la calle de Rivoli encontró a su compinche trastornado, dando muestras de la más violenta desesperación. -¡Ay, amigo mío! -murmuró, cogiéndole las manos-. Estamos perdidos... Iba a correr a su casa para ponernos de acuerdo, para salir de esta horrible aventura... Mientras se

retorcía los brazos y ensayaba un sollozo, Saccard observaba que estaba firmando cartas, en el momento de su entrada, y que las firmas tenían una claridad admirable. Lo miró tranquilamente, diciendo: -¡Bah! ¿Qué es lo que nos pasa? Pero el otro no respondió de inmediato; se había desplomado en su sillón, delante del escritorio, y allí, con los codos sobre el secante, la frente entre las manos, bamboleaba furiosamente la cabeza. Por fin, con voz ahogada: -Me han robado el registro, ya sabe usted... Y contó que uno de sus empleados, un canalla digno de presidio, le había sustraído gran número de expedientes, entre los cuales se encontraba el famoso registro. Lo peor era que el ladrón había comprendido el partido que podía sacar de esa pieza y quería revenderla por cien mil francos. Saccard reflexionaba. El cuento le pareció demasiado burdo. Evidentemente a Larsonneau le preocupaba poco en el fondo, que lo creyera. Buscaba simplemente un pretexto para darle a entender que quería cien mil francos en el asunto de Charonne; e incluso, con esta condición, devolvería los papeles comprometedores que tenía entre sus manos. El trato le pareció demasiado gravoso a Saccard. De buena gana habría tenido en cuenta a su ex colega; pero aquel lazo tendido, aquella vanidad de tomarlo por un primo, le irritaban. Por otra parte, no dejaba de estar inquieto; conocía al personaje, sabía que era muy capaz de llevarle los papeles a su hermano el ministro, quien seguramente pagaría para ahogar el escándalo. -¡Diablos! -murmuró, sentándose a su vez-. ¿Qué historia mas sucia!... ¿Se podría ver al canalla en cuestión? -Voy a mandarlo buscar -dijo Larsonneau-. Vive aquí al lado, en la calle Jean Lantier. Aún no habían transcurrido diez minutos cuando un joven bajito, bizco, de cabello pálido, la cara cubierta de pecas, entró despacio, evitando que la puerta hiciera ruido. Iba vestido con una mísera levita negra demasiado grande y horriblemente raída. Se quedó de pie, a respetuosa distancia, mirando a Saccard con el rabillo del ojo, tranquilamente. Larsonneau, que lo llamaba Baptistin, le hizo sufrir un interrogatorio, al cual respondió con monosílabos, sin turbarse en absoluto; y recibía con total indiferencia los nombres de ladrón, de estafador, de criminal, con que su patrón se creía en el deber de acompañar cada una de sus preguntas. Saccard admiró la sangre fría de aquel infeliz. En cierto momento, el agente de expropiaciones se lanzó desde su sillón como para pegarle, y el otro se contentó con retroceder un paso, bizqueando con más humildad. -Está bien, déjelo -dijo el financiero-. Entonces, caballero, ¿usted pide cien mil francos por devolver los papeles? -Sí, cien mil francos -respondió el joven. Y se marchó. Larsonneau parecía incapaz de calmarse. -¿Eh? ¿Qué sinvergüenza! -balbució-. ¿Ha visto usted qué miradas más falsas?... Estos tipejos tienen pinta de tímidos, pero asesinarían a un hombre por veinte francos. Pero Saccard lo interrumpió diciendo: -¡Bah! No es tan terrible. Creo que podremos arreglarnos con él.. Yo venía por un asunto mucho más inquietante... Tenía usted razón al desconfiar de mi mujer, mi querido amigo. Imagínese que vende su parte de la propiedad al señor Haffner. Necesita dinero, dice. Es su amiga Suzanne la que ha debido empujarla. El otro cesó bruscamente de desesperarse; escuchaba, un poco pálido, acomodándose su cuello recto, al que había dado la vuelta, en su cólera. -Esa cesión -continuó Saccard- es la ruina de nuestras esperanzas. Si el señor Haffner se convierte en consocio de usted, no solamente se verán comprometidos nuestros beneficios, sino que tengo un miedo horroroso a encontrarnos en una situación desagradabilísima con ese hombre meticuloso, que querrá examinar las cuentas. El agente de expropiaciones se puso a andar con paso agitado, haciendo crujir sus botines de charol sobre la alfombra. -Ya ve usted -murmuró- en qué situaciones se coloca uno por servir a la gente... Pero, querido mío, en su lugar, yo impediría rotundamente que mi mujer cometiera semejante tontería. Antes le pegaría. -¡Ay, amigo mío!... -dijo el financiero con una fina sonrisa-. No tengo más poder sobre mi mujer que el que usted parece tener sobre ese bribón de Baptistin. Larsonneau se detuvo en seco ante Saccard, que seguía sonriendo, y lo miró con aire profundo. Después reanudó su marcha de arriba abajo, pero con un paso lento y mesurado. Se acercó a un espejo, se subió el nudo de la corbata, caminó de nuevo, recobrando su elegancia. Y de repente: -¡Baptistin! -gritó. El jovencito bizco entró, pero por otra puerta. Ya no llevaba sombrero y hacía rodar una pluma entre los dedos. -Ve a buscar el registro -le dijo Larsonneau. Y cuando ya no estuvo allí, debatió la suma que debería dársele. -Hágalo por mí -acabó por decir francamente. Entonces, Saccard consintió en dar treinta mil francos sobre los futuros beneficios del asunto de Charonne. Juzgaba que todavía se escurría a buen precio de la mano enguantada del usurero. Este último hizo poner la promesa a su nombre, continuando la comedia hasta el final, diciendo que le pagaría los treinta mil francos al joven. Con risas de alivio, Saccard quemó el registro en la llama de la chimenea, hoja por hoja. Después, terminada esta operación, intercambió vigorosos apretones de mano con Larsonneau, y lo dejó, diciéndole: -Va usted esta noche a casa de Laure, ¿no?... Espéreme. Lo habré arreglado todo con mi mujer, tomaremos nuestras últimas disposiciones. Laure de Aurigny, que se mudaba con frecuencia, vivía entonces en un gran piso del bulevar Haussmann, enfrente de la capilla expiatoria. Acababa de fijar un día de recibo a la semana, como las damas del gran mundo. Era una manera de reunir a la vez a los hombres que la veían, uno por uno, durante la semana. Aristide Saccard estaba exultante los martes por la noche; era el amante titular, y volvía la cabeza, con una risa vaga, cuando la dueña de la casa lo traicionaba de pasada, concediendo una cita para esa misma noche a uno de los señores. Cuando se quedaba el

último del grupo, encendía un puro más, charlaba de negocios, bromeaba un instante sobre el caballero que se aburría en la calle esperando que él saliera; después, tras haber llamado a Laure su «querida niña», y haberle dado un cachetito en la mejilla, se marchaba tranquilamente por una puerta, mientras el caballero entraba por otra. El secreto tratado de alianza que había consolidado el crédito de Saccard y proporcionado a la de Aurigny dos mobiliarios en un mes continuaba divirtiéndoles. Pero Laure deseaba un desenlace para la comedia. Este desenlace, decidido de antemano, iba a consistir en una ruptura pública, en beneficio de cualquier imbécil que pagara a buen precio ser el protector serio y conocido por todo París. El imbécil había aparecido. El duque de Rozan, harto de fastidiar inútilmente a las mujeres de su mundo, soñaba con una reputación de desenfreno, para acentuar con algún relieve su figura insulsa. Era muy asiduo a los martes de Laure, a quien había conquistado con su ingenuidad absoluta. Desgraciadamente, a sus treinta y cinco años se encontraba aún bajo la dependencia de su madre, hasta el punto de que podía disponer a lo sumo de una decena de luises a la vez. Las noches en que Laure se dignaba cogerle los diez luises, quejándose, hablando de los cien mil francos que necesitaría, él suspiraba, le prometía la suma para el día en que fuera el dueño. Fue entonces cuando ella tuvo la idea de hacerle entablar amistad con Larsonneau, uno de los buenos amigos de la casa. Los dos hombres fueron a almorzar juntos a Tortoni y, a los postres, Larsonneau, contándole sus amores con una española deliciosa, aseguró que conocía prestamistas; pero aconsejó vivamente a Rozan que jamás pasara por sus manos. Esta confidencia endemonió al duque, que acabó por arrancarle a su buen amigo la promesa de ocuparse de «su asunto». Éste se ocupó tan bien que debía llevarle el dinero la misma tarde que Saccard lo había citado en casa de Laure. Cuando Larsonneau llegó, sólo estaban en el gran salón blanco y oro de la de Aurigny cinco o seis mujeres, que le cogieron las manos, le saltaron al cuello, con un cariño furioso. Lo llamaban «¡el gran Lar!», diminutivo cariñoso que Laure había inventado. Y él, con voz aflautada: -Ea, ea, gatitas mías, vais a aplastarme el sombrero. Se calmaron, lo rodearon muy de cerca en un confidente, mientras les contaba una indigestión de Sylvia, con quien había cenado la víspera. Después, sacando una bombonera del bolsillo de su traje, les ofreció pralinés. Pero Laure salió de su dormitorio y, como llegaban varios señores, arrastró a Larsonneau a un gabinete situado en uno de los extremos del salón, del que lo separaba un doble perder. -¿Tienes el dinero? -le preguntó, cuando estuvieron a solas. Lo tuteaba en las grandes circunstancias. Larsonneau, sin responder, se inclinó graciosamente, golpeando el bolsillo interior de su traje. -¡Oh! ¡Este gran Lar! -murmuró la joven, encantada. Lo cogió por la cintura y lo abrazó-. Espera -dijo-, quiero ahora mismo esos papelitos... Rozan está en mi cuarto; voy a buscarlo. Pero él la retuvo, besándole a su vez los hombros. -¿Recuerdas qué comisión te he pedido a ti? -¡Eh! Sí, tontorrón, trato hecho. Regresó, trayendo a Rozan. Larsonneau estaba vestido con más corrección que el duque, mejor enguantado, encorbatado con más arte. Se dieron negligentemente la mano, y hablaron de las carreras de la víspera, en las que habían derrotado a un caballo de un amigo común. Laure estaba en vilo. -Vamos, eso no es todo, querido mío -le dijo a Rozan-; el gran Lar tiene el dinero, ¿sabes? Habría que terminar. Larsonneau pareció acordarse. -¡Ah, sí!, es cierto, tengo la suma... Pero ¡habría hecho usted mejor escuchándome, amiguito! ¿Sabe que esos bribones me han pedido el cincuenta por ciento?... En fin, acepté de todos modos, usted me había dicho que no importaba... Laure de Aurigny se había procurado pliegos de papel timbrado durante el día. Pero, cuando se trató de pluma y tintero, miró a los dos hombres con aire consternado, dudando de encontrar en su casa esos objetos. Quería ir a ver a la cocina cuando Larsonneau sacó del bolsillo donde estaba la bombonera, dos maravillas, un palillero de plata, que se alargaba con ayuda de un tornillo, y un tintero, de acero y ébano, de un acabado y una delicadeza de joya. Y al sentarse Rozan: -Haga los pagarés a mi nombre. Comprenda, no he querido comprometerle. Nos arreglaremos entre nosotros... Seis efectos de veinticinco mil francos cada uno, ¿no? Laure contaba, en una esquina de la mesa, los «papelitos». Rozan ni siquiera los vio. Cuando hubo firmado y levantó la cabeza, ya habían desaparecido en el bolsillo de la joven. Pero ésta fue hacia él y lo besó en ambas mejillas, lo cual pareció encantarle. Larsonneau los miraba filosóficamente, doblando los efectos y guardándose el recado de escribir en el bolsillo. La joven estaba aún colgada del cuello de Rozan cuando Aristide Saccard alzó una punta del portier. -¡Qué bien! ¡No se cohíban! -dijo riendo. El duque se ruborizó. Pero Laure fue a dar rigurosamente la mano al financiero, intercambiando con él un guiño de inteligencia. Estaba radiante. -Ya está, querido -dijo-; le había avisado. ¿No me guarda demasiado rencor, verdad? Saccard se encogió de hombros con aire bonachón. Apartó el portier y, eclipsándose para dejar paso a Laure y al duque, gritó, con voz chillona de ujier: -¡El señor duque, la señora duquesa! Esta broma tuvo un éxito loco. Al día siguiente, los periódicos la contaron, nombrando crudamente a Laure de Aurigny y designando a los dos hombres con iniciales muy transparentes. La ruptura de Aristide Saccard y la gruesa Laure hizo aún más ruido que sus supuestos amores. Mientras tanto, Saccard había soltado el portier sobre la carcajada de gozo que su broma había levantado en el salón. -¡Ah, qué buena chica! -dijo volviéndose hacia Larsonneau-. ¡Es de un vicio!... Y usted, picarón, es el que se va a beneficiar de todo esto. ¿Qué es lo que le dan?

Pero él se defendió con sonrisas, y se estiraba los puños, que se le subían. Por fin fue a sentarse, cerca de la puerta, en un confidente al que Saccard lo llamaba con el gesto. -Venga aquí, no pretendo confesarlo, ¡qué diablos!... A los negocios serios ahora, amiguito. He tenido, esta tarde, una larga conversación con mi mujer... Asunto concluido. - ¿Consiente en ceder su parte? -preguntó Larsonneau. -Sí, pero mi trabajo me ha costado... ¡Las mujeres son de un terco! La mía había prometido no vender a una vieja tía, ¿sabe? Y tenía escrúpulos hasta nunca acabar... Afortunadamente, yo había preparado una historia completamente decisiva. Se levantó para encender un puro en el candelabro que Laure había dejado sobre la mesa y regresó a estirarse muellemente en el confidente. -Le he dicho a mi mujer -continuó-, que usted estaba totalmente arruinado... Usted jugó a la Bolsa, se comió su dinero con las mujeres, se embarulló con malas especulaciones; en fin, está usted a punto de una quiebra espantosa... Entonces le expliqué que el asunto de Charonne iba a zozobrar con el desastre de usted, y que lo mejor sería aceptar la propuesta que usted me había hecho de dejarla a ella al margen, comprándole su parte, por un pedazo de pan, eso es cierto. -No es muy inteligente -murmuró el agente de expropiaciones-. ¿Se figura usted que su mujer va a creerse semejantes patrañas? Saccard esbozó una sonrisa. Estaba en una hora de desahogo. -Es usted ingenuo, querido mío -prosiguió-. El fondo de la historia no importa mucho; son los detalles, el gesto y el acento los que lo hacen todo. Llame a Rozan, y apuesto a que lo convengo de que es de día. Y mi mujer no tiene mucha más cabeza que Rozan... Le he dejado entrever abismos. Ni siquiera sospecha la inminente expropiación. Y cuando se asombraba de que, en plena catástrofe, usted pudiera pensar en aceptar una carga más pesada, le dije que, sin duda, ella le estorbaba para alguna mala pasada que preparaba usted para sus acreedores... Por último, le aconsejé el negocio como única manera de no encontrarse mezclada en pleitos interminables y de sacar algún dinero de los terrenos. A Larsonneau la historia le seguía pareciendo un poco brutal. Sus métodos eran menos dramáticos; cada una de sus operaciones se anudaba y se desanudaba con elegancias de comedia de salón. -Yo habría ideado otra cosa -dijo-. En fin, cada cual tiene su sistema... Sólo nos queda, entonces, pagar. -Sobre este asunto quería entenderme con usted -respondió Saccard-. Mañana le llevaré la escritura de cesión a mi mujer, y ella no tendrá más que devolverle esa escritura a usted, para cobrar el precio convenido... Prefiero evitar toda entrevista. Jamás había querido, en efecto, que Larsonneau fuera a su casa en pie de intimidad. No lo invitaba, lo acompañaba a ver a Renée los días que era totalmente indispensable que los dos socios se viesen; eso había ocurrido tres veces. Casi siempre trataba él con poderes de su mujer, pensando que era inútil dejarle ver sus negocios de demasiado cerca. Abrió su cartera, añadiendo: -Ahí tiene los doscientos mil francos de pagarés firmados por mi mujer; se los dará usted en pago, y agregará cien mil francos que le traeré mañana por la mañana... ¡Qué sacrificio, querido amigo! Este asunto me cuesta un ojo de la cara. -Pero -observó el agente de expropiaciones- eso sólo asciende a trescientos mil francos... ¿Es que el recibo será por esa suma? - ¡Un recibo de trescientos mil francos! -prosiguió Saccard riendo-. ¡Pues sí! Estaríamos aviados más adelante. Es preciso, según mis inventarios, que la finca sea tasada hoy en dos millones quinientos mil francos. El recibo será por la mitad, naturalmente. -Su mujer nunca querrá firmarlo. - ¡Claro que sí! Le digo que todo está convenido... ¡Y tanto! Le he dicho que ésa era su primera condición. Usted nos pone la pistola al pecho con su quiebra, ¿comprende? Y entonces es cuando yo parecí dudar de su honradez y lo acusé de pretender timar a sus acreedores... ¿Es que mi mujer entiende algo de todo esto? Larsonneau movía la cabeza, murmurando: -Da lo mismo, podía haber buscado usted algo más sencillo. -Pero ¡si mi historia es la sencillez misma! -dijo Saccard muy extrañado-. ¿Dónde diablos ve usted la complicación? No tenía conciencia del increíble número de triquiñuelas que sumaba al asunto más ordinario. Disfrutaba con auténtica alegría de aquel cuento como una catedral que acababa de meterle a Renée; y lo que le encantaba era el impudor de la mentira, el cúmulo de imposibilidades, la asombrosa complicación de la intriga. Hacía mucho tiempo que habría tenido los terrenos de no haber ideado todo este drama, pero habría gozado menos al tenerlos cómodamente. Por otra parte, ponía la mayor ingenuidad en hacer de la especulación de Charonne todo un melodrama financiero. Se levantó y, cogiendo del brazo a Larsonneau, se dirigió al salón. -Me ha entendido bien, ¿no? Conténtese con seguir mis instrucciones, y después me aplaudirá... Mire usted, querido amigo, comete un error al llevar guantes amarillos, eso le estropea la mano. El agente de expropiaciones se contentó con sonreír murmurando: - ¡Oh! Los guantes tienen algo bueno, querido maestro: uno lo toca todo sin ensuciarse. Al entrar en el salón, Saccard se quedó sorprendido y un poco inquieto al encontrar a Maxime al otro lado del portier. El joven estaba sentado en un confidente, al lado de una señora rubia, que le contaba con voz monótona una larga historia, la suya, sin duda. En efecto, había oído la conversación de su padre y de Larsonneau. Los dos cómplices le parecían unos pillos redomados. Vejado aún por la traición de Renée, saboreaba una alegría cobarde al enterarse del robo de que iba a ser víctima. Eso lo vengaba en parte. Su padre fue a estrecharle la mano, con aire desconfiado; pero Maxime le dijo al oído, señalándole a la señora rubia: -¿No está mal, verdad? Quiero «trabajármela» para esta noche. Entonces Saccard se contoneó, se mostró galante. Laure de Aurigny fue a unirse a



ellos por un momento; se quejaba de que Maxime apenas la visitaba una vez al mes. Pero él aseguró que había estado muy ocupado, lo cual hizo reír a todo el mundo. Añadió que a partir de ahora sólo lo verían a él. -He escrito una tragedia -dijo-, y sólo ayer encontré el quinto acto... Cuento con descansar en casa de todas las bellezas de París. Se reía, saboreaba sus alusiones, que sólo él podía comprender. Mientras tanto, sólo quedaban ya en el salón, a los dos lados de la chimenea, Rozan y Larsonneau. Los Saccard se levantaron, así como la señora rubia, que residía en la casa. Entonces la de Aurigny fue a hablar en voz baja con el duque. Este pareció sorprendido y contrariado. Viendo que no se decidía a abandonar su sillón, ella dijo a media voz: -No, en serio, esta noche no. ¡Tengo una jaqueca!... Mañana, se lo prometo. Rozan tuvo que obedecer. Laure esperó a que estuviera en el rellano para decir rápidamente al oído de Larsonneau: - ¡Eh! Gran Lar, soy de palabra... Mételo en su coche. Cuando la señora rubia se despidió de los caballeros para subir a su piso, que estaba en la planta superior, Saccard se extrañó de que Maxime no la siguiera. -¿Cómo es eso? -le preguntó. -No, a fe mía -respondió el joven-. He reflexionado... - Después tuvo una idea que le pareció muy divertida: Te cedo el sitio, si quieres. Date prisa, aún no ha cerrado la puerta. Pero el padre se encogió suavemente de hombros, diciendo: -Gracias, tengo algo mejor de momento, pequeño. Los cuatro hombres bajaron. En la calle, el duque se empeñaba en llevarse a Larsonneau en su carruaje; su madre residía en el Marais, dejaría al agente de expropiaciones en su portal, en la calle de Rivoli. Este se negó, cerró la portezuela él mismo, le dijo al cochero que se marchase. Y se quedó en la acera del bulevar Haussmann con los otros dos, sin alejarse. -¡Ah! ¡Pobre Rozan! -dijo Saccard, que comprendió de pronto. Larsonneau juró que no, que eso le traía sin cuidado, que él era un hombre práctico. Y, como los otros dos seguían bromeando y el frío era muy vivo, acabó por exclamar: -¡Mala suerte, a fe mía! ¡Voy a llamar!... Caballeros, son ustedes unos indiscretos. - ¡Buenas noches! -le gritó Maxime cuando la puerta volvió a cerrarse. Y cogiendo a su padre del brazo, subió con él por el bulevar. Hacía una de esas noches claras de helada, en las que es tan agradable caminar sobre la tierra dura, en el aire glacial. Saccard decía que Larsonneau estaba en un error, que con la de Aurigny había que ser simplemente un compañero. Partió de eso para declarar que el amor de esas mujeres era realmente malo. Se mostraba moral, encontraba sentencias y consejos de sorprendente sabiduría. -Ya ves -le dijo a su hijo-, no hay más que una vida, pequeño... Uno pierde la salud y no saborea la verdadera felicidad. Sabes que no soy un burgués. ¡Bueno!, pues estoy harto, voy a sentar la cabeza. Maxime reía burlón; paró a su padre, lo contempló al claro de luna, declarando que tenía «una pinta excelente». Pero Saccard se puso aún más serio: -Bromea cuanto quieras. Te repito que no hay nada como el matrimonio para conservar a un hombre y hacerlo feliz. Entonces le habló de Louise. Y caminó más despacito, para rematar este asunto, decía, ya que hablaban de eso. La cosa estaba totalmente arreglada. Lo informó incluso de que había fijado con el señor De Mareuil la fecha de la firma de las capitulaciones para el domingo siguiente al tercer jueves de cuaresma. Ese jueves iba a haber un gran sarao en el palacete del parque Monceau y aprovecharía para anunciar públicamente la boda. A Maxime todo eso le pareció muy bien. Se había desembarazado de Renée, ya no veía ningún obstáculo, se entregaba a su padre como se había entregado a su madrastra. - ¡Bueno, de acuerdo! -dijo-. Sólo que no hables de eso con Renée. Sus amigas se burlarían de mí, me tomarían el pelo, y prefiero que sepan la cosa al mismo tiempo que todos. Saccard le prometió silencio. Después, cuando llegaban hacia lo alto del bulevar Malesherbes, le dio de nuevo multitud de excelentes consejos. Le enseñaba cómo debía comportarse para hacer de su hogar un paraíso. -Sobre todo, nunca rompas con tu mujer. Es una tontería. Una mujer con la que ya no tienes relaciones te cuesta un ojo de la cara... Ante todo, hay que pagar a alguna fulana, ¿no? Y, además, el gasto es mucho mayor en la casa: son los vestidos, los placeres particulares de la señora, las amiguitas, todo el diablo y su corte. -Se hallaba en una hora de extraordinaria virtud. El éxito del asunto de Charonne ponía en su corazón ternuras idílicas-. Yo -continuo- había nacido para vivir feliz e ignorado en el fondo de un pueblo, con toda mi familia al lado... ¡No me conocen bien, pequeño!... Tengo una pinta así, muy de cabeza de chorlito. Pues bien, ¡nada de eso!: me encantaría quedarme al lado de mi mujer, abandonaré de buen grado mis negocios por una renta modesta que me permitiera retirarme a Plassans... Vas a ser rico, construye con Louise un hogar donde viviréis como dos tortolitos. ¡Es tan estupendo! Yo iré a veros, eso me hará bien. Acababa por tener lágrimas en la voz. Mientras tanto, habían llegado a la verja del palacete y charlaban, al borde de la acera. En aquellas alturas de París soplaba el cierzo. Ni un ruido ascendía en la noche pálida, de una blanca helada. Maxime, sorprendido por los enternecimientos de su padre, tenía desde hacía un instante una pregunta en los labios. -Pero tú -dijo por fin-, me parece... -¿Qué? -¿Con tu mujer? Saccard se encogió de hombros. -¡Eh! ¡Sí, claro! Yo era un imbécil. Por eso te hablo con conocimiento de causa... Pero hemos vuelto a juntarnos, ¡oh!, del todo. Pronto hará seis semanas. Voy a su cuarto por la noche, cuando no vuelvo demasiado tarde. Hoy, la pobre nena tendrá que pasarse sin mí; he de trabajar hasta que amanezca. ¡Está tan bien formada!... -Al tenderle Maxime la mano, lo retuvo y agregó, en voz más baja, con tono de confianza: -¿Conoces la cintura de Blanche Muller? ¡Pues bueno!, así, pero diez veces más

flexible. ¡Y qué caderas! Tienen un dibujo, una delicadeza... -Y concluyó diciendo al joven, que se marchaba:- Tú eres como yo, tienes corazón, tu mujer será feliz.. ¡Hasta la vista, pequeño! Cuando Maxime se desembarazó por fin de su padre, dio rápidamente la vuelta por el parque. Lo que acababa de oír le sorprendía tanto que experimentaba la irresistible necesidad de ver a Renée. Quería pedirle perdón por su brutalidad, saber por qué había mentido mencionando al señor De Saffré, conocer la historia de las ternuras de su marido. Pero todo ello confusamente, con el solo deseo claro de fumar junto a ella un puro y de reanudar su camaradería. Si estaba bien dispuesta, pensaba incluso anunciarle su boda, para darle a entender que sus amores debían permanecer muertos y enterrados. Cuando hubo abierto la puertecita, cuya llave había conservado, afortunadamente, acabó por decirse que su visita, tras la confidencia de su padre, era necesaria y totalmente decorosa. En el invernadero silbó como la víspera, pero no esperó. Renée fue a abrirle la puerta acristalada de la salita, y subió delante de él sin hablar. Acababa de regresar de un baile en el ayuntamiento. Estaba aún vestida con un traje blanco de tul abullonado, sembrado de lazos de raso; los faldones del cuerpo de raso estaban enmarcados por un ancho encaje con abalorios blancos, que la luz de los candelabros tornasolaba de azul y rosa. Cuando Maxime la miró, arriba, quedó impresionado por su palidez, por la honda emoción que entrecortaba su voz. No debía de esperarlo, estaba toda estremecida al verlo llegar como de ordinario, tranquilamente, con su aire mimoso. Céleste regresó del vestidor, donde había ido a buscar un camisón, y los amantes continuaron en silencio, a la espera de que la muchacha no estuviera allí. No solían recatarse ante ella, pero los asaltaba el pudor ante las cosas que se sentían a punto de decir. Renée quiso que Céleste la desvistiera en el dormitorio, donde había un gran fuego. La camarera quitaba las horquillas, retiraba las prendas una a una, sin apresurarse. Y Maxime, aburrido, cogió maquinalmente el camisón, que estaba a su lado, sobre una silla, y lo calentó ante la llama, inclinado, con los brazos abiertos. Era él quien, en los días felices, le prestaba ese pequeño servicio a Renée. Ella se enterneció al verle poner delicadamente el camisón al fuego. Después, como Céleste no acababa, él le preguntó: -¿Te divertiste en ese baile? -¡Oh, no! Ya sabes, siempre lo mismo -respondió ella-. Demasiada gente, un auténtico barullo. Él le dio la vuelta al camisón, que ya estaba caliente por un lado. -¿Qué llevaba Adeline? -Un traje malva, bastante mal concebido... Es bajita, y tiene la manía de los volantes. Hablaron de las otras mujeres. Ahora Maxime se quemaba los dedos con el camisón. -¡Vas a chamuscarlo! -dijo Renée, cuya voz tenía caricias maternas. Céleste cogió el camisón de manos del joven. Éste se levantó, fue a mirar la gran cama gris y rosa, se detuvo en uno de los ramos briscados de la tapicería, para volver la cabeza, para no ver los senos desnudos de Renée. Era instintivo. Ya no se creía su amante, no tenía ya derecho a ver. Después sacó un puro del bolsillo y lo encendió. Renée le había permitido fumar en sus habitaciones. Por fin, Céleste se retiró, dejando a la joven al amor de la lumbre, muy blanca con su ropa de noche. Maxime anduvo todavía unos instantes, silencioso, mirando de reojo a Renée, que temblaba de nuevo, al parecer. Y, plantándose delante de la chimenea, con el puro entre los dientes, preguntó con voz brusca: -¿Por qué no me dijiste que era mi padre quien se encontraba contigo, ayer por la noche? Ella levantó la cabeza, los ojos muy abiertos, con una mirada de suprema angustia; luego, una oleada de sangre encendió su cara y, anonadada de vergüenza, ocultó el rostro entre las manos, balbució: -¿Lo sabes? ¿Lo sabes?... - Se recobró, intentó mentir:- No es cierto... ¿Quién te lo ha dicho? Maxime se encogió de hombros. -¡Caray! Mi propio padre, que te encuentra espléndidamente formada y que me ha hablado de tus caderas. -Había dejado traslucirse un ligero despecho. Pero continuó caminando, y prosiguió con voz gruñona y amistosa, entre dos bocanadas:- Realmente, no te entiendo. Eres una mujer singular. Ayer, si yo estuve grosero, la culpa fue tuya. Si me hubieras dicho que era mi padre me habría marchado tranquilamente, ¿entiendes? Yo no tengo derecho... Pero ¿se te ocurre mencionar al señor De Saffré! Ella sollozaba, las manos sobre el rostro. Él se acercó, se arrodilló delante de ella, le separó las manos a la fuerza. -Vamos, dime por qué me mencionaste al señor De Saffré. Entonces, apartando aún la cabeza, Renée respondió, entre lágrimas, en voz baja: -Creía que me dejarías si sabías que tu padre... El se levantó, recogió su puro, que había dejado en una esquina de la chimenea, y se contentó con murmurar: -¡Pues sí que eres graciosa!... Ella ya no lloraba. Las llamas de la chimenea y el fuego de sus mejillas secaban sus lágrimas. El asombro de ver a Maxime tan calmado ante una revelación que creía que iba a aplastarlo le hacía olvidar toda su vergüenza. Le miraba caminar, lo escuchaba hablar como en un sueño. Él le repetía, sin dejar el puro, que ella no era razonable, que era muy natural que hubiera tenido relaciones con su marido, que él no podía pensar en enfadarse. Pero ¡mira que confesar un amante cuando no era verdad! Y volvía siempre a eso, a esta cosa que no podía comprender, y que le parecía verdaderamente monstruosa. Habló de las «locas imaginaciones» de las mujeres. -Estás un poco chiflada, querida; hay que cuidar eso. -Acabó por preguntar curiosamente:- Pero ¿por qué el señor De Saffré y no cualquier otro? -Me hace la corte -dijo Renée. Maxime contuvo una impertinencia; iba a decir que, sin duda, se había creído un mes más vieja, al confesar al señor De Saffré como amante. Sólo sonrió maligno ante esta maldad y, tirando el puro al fuego, fue a sentarse al otro lado de la chimenea. Allí habló con sentido común, le dio a

entender a Renée que debían seguir siendo buenos amigos. Las miradas fijas de la joven lo turbaban un poco no obstante. No se atrevió a anunciarle su boda. Ella lo contemplaba largamente, con los ojos aún hinchados por las lágrimas. Lo encontraba mezquino, estrecho, despreciable, y seguía amándolo, con el cariño que sentía por sus encajes. Estaba guapo a la luz del candelabro, colocado al borde de la chimenea a su lado. Cuando él echaba atrás la cabeza, el resplandor de las velas le doraba el pelo, se deslizaba sobre su cara, por la leve pelusilla de las mejillas, con un color rubio precioso. -Voy a tener que irme -dijo en varias ocasiones. Estaba muy decidido a no quedarse. Renée no habría querido además. Los dos lo pensaban, lo decían: ya no eran sino dos amigos. Y cuando Maxime hubo estrechado por fin la mano de la joven y estuvo a punto de salir de la habitación, ella lo retuvo aún un instante, hablándole de su padre. Lo elogiaba muchísimo. -Ya ves, yo tenía demasiados remordimientos. Prefiero que haya ocurrido esto... No conoces a tu padre; me ha asombrado encontrarlo tan bueno, tan desinteresado. ¡El pobre hombre tiene tantas preocupaciones en este momento! -Maxime se miraba la puntera de los botines, sin responder, con aire violento. Ella insistía-. Mientras él no venía por esta habitación, me daba igual. Pero después... Cuando lo veía aquí, tan cariñoso, trayéndome un dinero que había tenido que recoger por todos los rincones de París, arruinándose por mí sin una queja, me ponía enferma... ¡Si supieras con cuánto cuidado ha velado por mis intereses! El joven volvió despacito hacia la chimenea, contra la cual se adosó. Seguía embarazado, la cabeza gacha, con una sonrisa que ascendía poco a poco a sus labios. -Sí -murmuró-, mi padre es muy listo para velar por los intereses de la gente. -El tono de su voz extrañó a Renée. Lo miró, y él, como para defenderse-: ¡Oh! Yo no sé nada... Digo sólo que mi padre es un hombre hábil. -Te equivocarías si hablaras mal de él -prosiguió ella-. Debes de juzgarlo un poco atolondrado... Si yo te contara todos sus apuros, si te repitiera lo que me confiaba todavía esta tarde, verías lo engañados que están cuando creen que le importa el dinero... Maxime no pudo contener un encogimiento de hombros. Interrumpió a su madrastra con una risa irónica. -Vamos, lo conozco, lo conozco muy bien... Lindas cosas ha debido de decirte. Cuéntamelo, pues. Este tono burlón la hería. Entonces insistió aún más en sus elogios, opinó que su marido era un hombre muy grande, habló del asunto de Charonne, de aquel chanchullo del que no había entendido nada, como de una catástrofe en la que se le habían revelado la inteligencia y la bondad de Saccard. Agregó que firmaría al día siguiente la escritura de cesión y que, si se trataba realmente de un desastre, aceptaba ese desastre en castigo de sus faltas. Maxime la dejaba seguir, riendo burlón, mirándola al soslayo; al final, dijo a media voz -Eso es, eso mismo... -Y en alto, poniendo la mano en el hombro de Renée-: Querida mía, te lo agradezco, pero ya sabía la historia... ¡Tú sí que eres de buena pasta! Hizo de nuevo ademán de irse. Experimentaba un furioso prurito por contarle todo. Ella lo había exasperado, con sus elogios de su marido, y olvidaba que se había prometido no hablar, para evitarse cualquier disgusto. -¿Cómo? ¿Qué quieres decir? -preguntó ella. -¡Eh! ¡Caray! Que mi padre te la da con queso de una forma increíble... Me das pena, en serio; eres demasiado pánfila. Y le contó lo que había oído en casa de Laure, cobardemente, taimadamente, saboreando un secreto gozo al descender a aquellas infamias. Le parecía vengarse de un vago insulto que le acababan de hacer. Su temperamento de chica se demoraba beatífico en esa denuncia, en esta palabrería cruel, sorprendida detrás de una puerta. No le ahorró nada a Renée, ni el dinero que su marido le había prestado con usura ni el que pensaba robarle, con ayuda de historias ridículas, con cuentos chinos. La joven lo escuchaba, palidísima, los labios apretados. De pie delante de la chimenea, agachaba un poco la cabeza, miraba el fuego. Su ropa de noche, aquel camión que Maxime había calentado, se abría, dejaba ver blancuras inmóviles de estatua. -Te digo todo esto -concluyó el joven- para que no parezcas boba... Pero harías mal en enfadarte con mi padre. No es malo. Tiene sus defectos, como todo el mundo... Hasta mañana, ¿no? Seguía avanzando hacia la puerta. Renée lo detuvo, con un gesto brusco. -¡Quédate! -gritó imperiosamente. Y cogiéndolo, atrayéndolo a sí, casi sentándose en las rodillas, delante del fuego, lo besó en los labios, diciendo-: ¡Ah, bueno! Sería demasiado idiota recatarnos ahora... ¿No sabes que desde ayer, desde que quisiste romper, no sé dónde tengo la cabeza? Estoy como una imbécil. Esta noche, en el baile, tenía una niebla delante de los ojos. Y es que ahora te necesito para vivir. Cuando te marches me quedará vacía... No te rías, digo lo que siento. -Lo miraba con infinita ternura, como si no lo hubiera visto desde hacía tiempo-. Acertaste con la palabra: yo era una pánfila, tu padre me habría hecho hoy ver estrellas en pleno mediodía. ¡Qué sabía yo! Mientras me contaba su historia sólo oía un gran zumbido, y estaba tan abatida que me habría obligado a arrodillarme, si hubiera querido, para firmar sus papelotes. ¡Y me imaginaba que tenía remordimientos!... ¡En serio, hasta ese punto era tonta!... -Soltó una carcajada, destellos de locura brillaban en sus ojos. Continuó, abrazando más estrechamente a su amante-: ¿Es que hacemos algo malo nosotros? Nos amamos, nos divertimos como nos apetece. Todos hacen eso, ¿no?... Ya ves, tu padre no se recata por nada. Ama el dinero y lo coge donde lo encuentra. Tiene razón, eso me tranquiliza... Ante todo, no firmaré nada, y, además, tú volverás todas las noches. Tenía miedo de que no quisieras volver, ¿sabes?, por lo que te dije... Pero ya que no te importa... Por otra parte, le cerraré mi puerta, como comprenderás, ahora... Se levantó, encendió la

lámpara de noche. Maxime vacilaba, desesperado. Veía la tontería que había cometido, se reprochaba duramente haber hablado de más. ¿Cómo anunciar ahora su boda? La culpa era suya, la ruptura era ya un hecho; no tenía necesidad de volver a subir a esta habitación ni sobre todo, de probar a la joven que su marido la timaba. Y no sabía muy bien a qué sentimiento acababa de obedecer, lo cual redoblaba su cólera contra sí mismo. Pero si por un instante se le ocurrió la idea de ser brutal por segunda vez, de marcharse, la visión de Renée, que dejaba caer sus zapatillas, le infundió una invencible cobardía. Tuvo miedo. Se quedó. Al día siguiente, cuando Saccard fue a ver a su mujer para que firmara la escritura de cesión, ella le respondió tranquilamente que nada de eso, que había reflexionado. Por lo demás, no se permitió la menor alusión; se había jurado ser discreta, pues no quería crearse problemas, deseaba saborear en paz el rebrote de sus amores. Que el asunto de Charonne se arreglase como pudiera; su negativa a firmar no era sino una venganza; el resto le traía sin cuidado. Saccard estuvo a punto de encolerizarse. Todo su sueño se derrumbaba. Sus otros negocios iban de mal en peor. Se encontraba casi sin recursos, sosteniéndose por un milagro de equilibrio; esa misma mañana no había podido pagar la cuenta del panadero. Eso no le impedía preparar una espléndida fiesta para el tercer jueves de cuaresma. Experimentó, ante la negativa de Renée, esa cólera sorda de un hombre vigoroso detenido en su obra por el capricho de un niño. Con la escritura de cesión en el bolsillo contaba con acuñar moneda, mientras esperaba la indemnización. Después, cuando se hubo calmado un poco y se le despejó la mente, se extrañó del brusco viraje de su mujer; no cabía duda, la habían aconsejado. Se olió un amante. Fue un presentimiento tan claro que corrió a casa de su hermana, para interrogarla, preguntarle si sabía algo de la vida oculta de Renée. Sidonie se mostró muy agria. No perdonaba a su cuñada la afrenta que le había hecho al negarse a ver al señor De Saffré. Por eso, cuando comprendió, por las preguntas de su hermano, que éste acusaba a su mujer de tener un amante, exclamó que ella estaba segura. E incluso se ofreció a espiar a los «tortolillos». ¡Iba a ver esa cursi como se las gastaba ella! Saccard, de ordinario, no buscaba las verdades desagradables; sólo su interés lo obligaba a abrir unos ojos que tenía prudentemente cerrados. Aceptó el ofrecimiento de su hermana. -Vamos, tranquilo, lo sabré todo -le dijo ella con una voz llena de compasión-. ¡Ah, pobre hermano mío! ¡Angèle no te hubiera traicionado nunca! ¡Un marido tan bueno, tan generoso! Estas muñecas parisienses no tienen corazón... ¡Y yo que no paro de darle buenos consejos! (4001 inglewood ave redondo beach).

## **Audiolibro La Jaur A Mile Zola** **Cap Tulo V**

**>>>Haga Clic Aquí<<<**

**<https://Ensayo.icu>**

